

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

**ANTOLOGIA
FOLKLORICA ARGENTINA**

**PARA LAS ESCUELAS
DE ADULTOS**



**BUENOS AIRES
GUILLERMO KRAFT LTDA:
Soc. Anón. de IMPRESIONES GENERALES**

1940

ANTOLOGIA FOLKLORICA ARGENTINA

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

Maria Hattori Kelly

**ANTOLOGIA
FOLKLORICA ARGENTINA**

**PARA LAS ESCUELAS
DE ADULTOS**



BUENOS AIRES
GUILLERMO KRAFT LTDA.
SOC. ANON. DE IMPRESIONES GENERALES

1940

ANTOLOGIA FOLKLORICA ARGENTINA

RESOLUCIÓN DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

16 de junio de 1939

— Exp. 13545/P/939. — Aprobar el siguiente dictamen de la Comisión de Didáctica y adoptar como resolución la parte dispositiva del mismo:

“H. Consejo:

La protección y la difusión del folklore es hoy, en todos los países, motivo de constante empeño para las instituciones encargadas de velar por la cultura espiritual del pueblo.

Así lo ratificó el Primer Congreso Internacional de las Artes Populares convocado en Praga en 1928, en el que se dió una amplia participación al estudio de todos los asuntos relacionados con el folklore en general y, desde entonces, han seguido constituyéndose comisiones internacionales para estudiar y coordinar los esfuerzos tendientes a recoger todo el material de esta índole.

Nuestro país tiene motivos especiales para interesarse por este patrimonio común del arte y la experiencia populares. País de inmigración, expuesto a la influencia de razas, ideologías y culturas diferentes cuando no antagónicas, necesita neutralizar su cosmopolitismo reafirmando su personalidad en lo que viene de lo hondo de su historia y de su suelo, necesita vigorizar las instituciones y caldear el corazón con un patriotismo capaz de impedir que la diversidad de corrientes espirituales, pueda llegar a desvirtuar la fisonomía de la nacionalidad argentina.

En nuestras escuelas no se cultivan los elementos folklóricos, a pesar del enorme poder de sugerión que tiene en los niños todo lo que se refiere a la tradición nacional, y a su utilidad como disciplina eminentemente formativa. Las lecturas y las poesías que se

enseñan están a menudo alejadas de los personajes y asuntos de la realidad americana y argentina. Se desestima así el rico —y aún poco explorado— material del fabulario autóctono, singularmente elocuente y eficaz para la educación de nuestros niños.

Se ha olvidado el refranero popular de elevada filosofía, la ciencia que ha elaborado el gaucho en la llanura y en la montaña, tan útil al hombre porque es la ciencia práctica que lo ayudó en la ardua lucha con el medio físico. Se han olvidado las leyendas que dan a cada región su héroe predilecto o su numen tutelar.

Para que la escuela primaria cumpla su finalidad nacionalista, es necesario que divulgue por la enseñanza en el aula, las manifestaciones más características de nuestra tradición.

La tradición es el vínculo más fuerte que ata a las agrupaciones humanas, es la expresión de la vida íntima de una región o sociedad y es también el culto por el pasado. Está formada por las leyendas, narraciones, mitos, refranes, creencias, fábulas, anécdotas. Constituye la vida interior de una sociedad y, como toda expresión de vida interior, está saturada de inspiración poética.

La tradición hace sentir las diferencias entre los pueblos vecinos, a pesar de la comunidad de origen y de ideales. Es también un esbozo de historia general, más susceptible de llegar al alma del niño que el frío razonamiento del historiador. Es, en sí misma, una fuerza viva que ha dado a cada región y a cada agrupación un sello propio y una sensibilidad característica.

Los pueblos tienen que conservar no solamente el pensamiento creador del hombre, sino que deben cultivar también las fibras más íntimas del ser, en el sentimiento de amor al suelo natal y de respeto por sus primeras manifestaciones culturales. De ahí que la escuela debeat resucitar las bellas danzas, los ayes de las vidalas, las leyendas, las canciones de cuna que bañan de luz el alma ansiosa de grandes y puros afectos, para que el pueblo se temple en la fibra abnegada de su raza.

Los niños argentinos tienen que conocer el heroísmo nativo, el alma naciente de nuestro pueblo con toda su bella ingenuidad; deben saber que este país generoso y pródigo, no es un milagro de la vida, sino que es el resultado de un largo trabajo humano realizado por amor a la Patria y así, aunque la crítica y el razonamiento filosófico modifiquen o transformen los valores históricos, los sentimientos magnificados por la fantasía popular, aprendidos con amor en la niñez, crearán una conciencia nacional.

En los programas de enseñanza aprobados por el Consejo, se han incluido temas folklóricos, y para que puedan ser debidamente interpretados y cumplidos por los maestros hay que proporcionar a éstos un material apropiadamente selecto.

En los programas de historia y de moral de los diferentes grados, los episodios, anécdotas, leyendas, mitos, —cuyas fuentes informativas no siempre son fáciles para el maestro— despiertan la curiosidad intelectual, hacen amena la enseñanza, absorben la atención y emocionan el espíritu, acrecientan las virtudes cívicas y afirman los sentimientos de hombría de bien y el sentido de la responsabilidad.

Cosa análoga ocurre con los programas de lenguaje, en los que deben incluirse romances, fábulas, poesías, refranes, que ejercitan la retentiva y transportan el espíritu del niño a un mundo ideal con sútiles emociones estéticas.

Cada zona geográfica de nuestro país tiene su tradición, sus danzas, sus cantos, su música y sus creencias, su núcleo vital alrededor del cual ha elaborado su evolución.

El desarrollo de los programas de geografía y de naturaleza se hará mucho más ameno e interesante si a la enumeración de las condiciones físicas de una región determinada se agrega la información pertinente de la vida, costumbres, mitos, leyendas, relacionadas con los habitantes indígenas, con los animales y plantas de la región.

Las danzas, rondas y cantos nacionales son elementos indispensables en la recreación y de utilidad primordial para la educación rítmica del oído infantil y para completar la educación física y estética.

Es también oportuno señalar la conveniencia de que los autores de textos de lectura, en cuyo perfeccionamiento el Consejo se halla vivamente interesado, tengan una fuente donde recurrir para elegir narraciones, cuentos, poesías, fábulas y demás material aprovechable.

En el año 1921, a iniciativa del entonces Vocal, Doctor Juan P. Ramos, el Consejo dictó una importante resolución ordenando una recopilación de la literatura popular, con la contribución del personal de las escuelas de la ley 4874, de las de Capital Federal y de Territorios y de los particulares que pudieran aportar elementos folklóricos. El abundante material enviado por maestros y directores de las escuelas, constituyó bien pronto una voluminosa colección, la que, no pudiéndose publicar total o parcialmente, como

se aconsejaba en la resolución de referencia, fué entregada por el Consejo y como donación, a la Facultad de Filosofía y Letras de la Capital, en cuyo archivo de documentos se encuentra.

El Instituto de Literatura de dicha Facultad, que dirige el Doctor Ricardo Rojas, ha publicado hasta la fecha 11 volúmenes con el catálogo descriptivo de parte de la colección, cuyo total de piezas suma varios miles. El catálogo, que continúa publicándose, divide el material por provincias y territorios, habiendo aparecido ya los correspondientes a Salta, Tucumán, La Rioja, Santiago del Estero, Catamarca, San Juan, Mendoza, San Luis y las Gobernaciones.

La Comisión de Didáctica ha considerado la conveniencia de efectuar una selección rigurosa de este material y editar una serie de pequeños volúmenes con composiciones adaptadas a la capacidad infantil y separadamente para adultos, obra que podría completarse con nuevos elementos que aportarían los maestros y directores actuales, del Interior, a quienes se les solicitaría colaboración.

La resolución del Consejo de 1921, fué sumamente amplia por cuanto trataba de colecciónar el máximo de lo hasta entonces existente en materia de folklore, y en mérito de ello se adoptó una clasificación y se dictaron las instrucciones correlativas, ilustradas con ejemplos a objeto de facilitar la tarea.

Lo que ahora se propone es más limitado en sus alcances, pues muchos de los temas lógicamente requeridos para el fin propuesto en 1921 no tendrían ya objeto y hasta sería inconveniente incluirlos en una selección que por el sólo hecho de estar destinada para niños, debe formarse con composiciones de determinada índole, sumamente sencillas y fácilmente asequibles.

La complejidad y extensión de la tarea no permite que pueda ser realizada por un solo individuo, es indispensable el trabajo de varias personas actuando en colaboración, las que previamente deben unificar criterio y trazar un plan al que deberán luego subordinar su labor.

Por lo expuesto y en el convencimiento de lo útil que resultará ofrecer a los maestros de nuestras escuelas material folklórico adecuado para la enseñanza primaria, esta Comisión de Didáctica, presenta el siguiente proyecto sobre publicación de una **ANTOLOGIA FOLKLORICA ARGENTINA**.

El H. Consejo resuelve:

1º — Efectuar una selección del material folklórico enviado por los maestros y directores del Interior a raíz de la resolución del 16 de

marzo de 1921, actualmente archivado en la Facultad de Filosofía y Letras, escogiendo las piezas de mayor valor y adecuadas para la enseñanza primaria.

2º — La colección se ordenará y clasificará dentro del siguiente orden:

1º — En prosa:

- Leyendas, cuentos y relatos imaginarios.
- Narraciones de sucesos reales.
- Fábulas y apólogos.
- Anécdotas.
- Descripción de costumbres, creencias, objetos y escenas naturales.
- Refranes y proverbios.
- Adivinanzas.

2º — En verso:

Agrupación en los siguientes géneros poéticos:

- Lírico y subjetivo.
- Heroico e histórico.
- Religioso y mitológico.
- Preceptivo y moral.
- Bucólico y descriptivo de la naturaleza.
- Satírico.
- Rimas infantiles y canciones de cuna.

3º — Juegos y entretenimientos:

- a) Juegos infantiles.
- b) Juegos populares.
- c) Juegos de sociedad.

4º — Música y danza:

Canciones populares que se cantan con acompañamiento de música, el gato, el triunfo, la firmeza, la media caña, el huayno, el triste, el aire, las tiranas, la vidalita, el pericón, la cueca, el prado, la milonga, el caramba, el marote, la zamba, el cuándo, etc.

3º — Dirigir circular a los directores y maestros del Interior requiriéndoles el envío de nuevo material con el objeto de enriquecer la colección existente.

4º — Nombrar a la Directora, Profesora Berta E. Vidal de Battini; Maestra y Profesora de Enseñanza Secundaria, doctora Josefina Qui-

roga; Profesor Juan Alfonso Carrizo; Director Profesor Fermín Estrella Gutiérrez; Profesor Leopoldo Marechal; Maestro señor Germán Berdiales; Inspector de Música Athos Palma; Inspector de Música Profesor José André y Director doctor Enrique Mariani, para que en Comisión y bajo la presidencia del señor Jefe de la Oficina de Información, don Enrique Banchs, procedan a seleccionar, adaptar y ordenar el material, proyecten la nómina del nuevo que ha de requerirse a los directores y maestros del Interior y corran con todo lo pertinente para dar cumplimiento a lo dispuesto en esta resolución.

5º — Fijar el plazo de 31 de octubre próximo a fin de que la Comisión presente los trabajos del primer volumen para niños y del primero para adultos.

Comisión de Didáctica, 12 de junio de 1939.

(Fdo.): PRÓSPERO G. ALEMANDRI.

CONRAD M. ETCHEBARNE²⁹

PROLOGO

La resolución del Consejo Nacional de Educación, transcripta precedentemente, se propone llevar a la escuela lo más acendrado del material folklórico que recogieron los maestros de su dependencia en el año 1921. Cree con evidente razón que las reliquias del pasado, hijas del alma y del intelecto populares, poseen una virtud formativa del espíritu nacional, cuyo carácter propio se sustenta en la continuidad de la tradición. Los fundamentos de aquella resolución exponen tan clara y detenidamente ese pensamiento que dispensan de explicar la índole y el propósito de la presente obra, inspirada fielmente en él, para ser instrumento de su realización.

Pero importa justificar algunas características de la obra que no parecen responder puntualmente a las normas de dicha resolución y, de paso, dar a conocer las condiciones peculiares en que el trabajo que representa fué ejecutado.

El material reunido por iniciativa del Consejo Nacional de Educación y cedido luego al Instituto de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras —donde se encuentra y ha sido catalogado— comprende alrededor de cuarenta mil piezas. Esta abundancia, real en cuanto al trabajo que exigió su revisión, es sólo aparente en cuanto al número de los documentos utilizables. Quedó éste reducido extraordinariamente en razón de las versiones

repetidas; de los textos incompletos o viciados; del valor desdeñable o inequívocamente nulo de muchos de los envíos y, en no pocos casos, a causa de ser ajenos al folklore. Sin duda, en general, el magisterio respondió a la invitación con notable buena voluntad y, si bien no frecuentemente, con marcada competencia; pero fué muy desigual la interpretación de las instrucciones impartidas, apremiante el tiempo para cumplirlas, y nuevo para aquellos de quienes se requería, tal género de trabajo. Todo ese material fué recogido en grueso, sin método ajustado a un fin determinado y sin las garantías y resguardos que tiene por indispensables el investigador profesional, de suerte que las cuarenta mil piezas debieron ser objeto de una expurgación cuidadosa y paciente por diversos conceptos, entre los cuales fué principal la consideración de su uso en la escuela. Lo escogido tras esa selección no ofrece, sin duda, un conjunto indiscutiblemente superior para responder en igual proporción a todos los géneros folklóricos mencionados en la resolución del Consejo. No obstante, está segura la Comisión de que esta obra, aún incompleta, contiene frutos inestimables del ingenio y del sentimiento populares que, sin ella, se habrían perdido. No desconoce la obra meritísima de los investigadores individuales de nuestro folklore que han logrado salvar los fragmentos más delicados de nuestro pasado; pero se debe admitir que su esfuerzo no es tan vasto ni múltiple que alcance a cubrir toda la extensión del país, —como lo ha hecho el concurso promovido por el Consejo Nacional de Educación—, ni que en todas partes ha de llegar a tiempo, en esta época de rápidas alteraciones étnicas, para captar las reliquias de primera agua de la memoria del pueblo. Por eso estima que esta selección, que urgía realizar, es, en cierto modo, insustituible y ha de

ser el medio eficaz y fiel del propósito patriótico que inspiró la resolución del Consejo.

Se ha de tener en cuenta ese propósito para interpretar con exactitud tanto el título como el contenido de la obra. Esta no pretende ser asimilada a las colecciones que han publicado los investigadores eruditos a que se ha aludido más arriba. Tienen esas colecciones un mérito especial y tiene este libro otro carácter. Es una antología de lo ya recogido. Su fin es didáctico, no científico. Los problemas de la investigación folklórica no le son del todo ajenos pero, en este punto, la Comisión sólo se ha preocupado de cerciorarse de la antigüedad de las versiones que tuvo a la vista, de su anonimidad y de su difusión en nuestro territorio o de su conocimiento en el medio popular. Y todo esto sin extremar la inquisición en cuanto a los orígenes y sus relaciones con el folklore de otros países, ni agotar, para lo primero, el rigor de la prueba. Queda siempre virtualmente virgen para los especialistas la colección que conserva el Instituto. Así, la cuestión de suma importancia para el estudioso de esta materia, de determinar, por ejemplo, si un cantar es realmente autóctono, obra de creación propia o de tradición foránea, ha sido considerada por la Comisión en segundo plano o interpretada de manera que varía con la corrientemente aceptada. Es decir, ha estimado como folklore argentino producciones de notorio origen español, pero desde remoto tiempo asimiladas íntimamente por nuestro pueblo que las siente, las ama, las propaga, las tiene por suyas y, punto importante, han influido e influyen en su formación espiritual. No podía proceder con otro criterio, luego de haber comprobado el predominio abrumador del elemento español, ya conservado con identidad absoluta, ya con ligeras variantes de vocabulario, al parecer más involuntarias que deliberadamente

inventivas. Este patrimonio intelectual es, por otra parte, compartido con otros países de habla hispana, de tal manera que se sujeta aún a mayores reservas el calificativo de argentino para designar el material folklórico que, como la flora y la fauna, no reconoce fronteras políticas. Si la Comisión se hubiese atenido a aceptar sólo lo inequívocamente indígena —de difícil comprobación, por otra parte—, no habría sido posible realizar la presente selección. Ha debido ser, pues, ampliamente tolerante en este respecto y admitir como originariamente nuestro todo cuanto ofrecía certidumbre de antigua naturalización en nuestro territorio.

En cambio, ha influido en sentido restrictivo el destino escolar de este libro. Numerosas composiciones de irreprochable belleza formal y de feliz ingenio debieron ser dejadas de lado porque no cumplían por su fondo las condiciones de un texto utilizable en el aula. El caudal folklórico reunido por el Consejo en 1921 es, por consiguiente, más rico de lo que supone este florilegio. No obstante, en algunas ocasiones la Comisión no se ha decidido a sacrificar, en mérito a su belleza, piezas en ciertos respectos objetables, confiando en que el maestro sabrá adaptarlas a propósitos de educación y extraer de ellas lo esencial para una enseñanza noble, a modo, precisamente, de aquel curioso fenómeno folklórico de las coplas profanas que suscitaron glosas edificantes. Y esto que se dice en cuanto al contenido y a las sugerencias del contenido, se aplica también a la forma, y en particular a los vocablos que constituyen formas populares del lenguaje y que aquí se mantienen tales como fueron oídos, por razones de fidelidad y por lo típico de su energía expresiva, pero que el maestro deberá observar en cada caso, haciendo notar que se trata de modismos incorrectos y de uso vitando.

Esa fidelidad a la versión original, imperativa para la letra poética, no se ha conservado para los relatos en prosa, que por venir en textos gramaticalmente deficientes o con añadiduras superfluas o a fin de conciliar en una versión más rica diversas variantes de un mismo tema, han sido redactadas de nuevo, en estilo impersonal y conservando el ingenuo modo popular. Una observación semejante corresponde formular con respecto a las composiciones musicales —impresas en otro volumen— cuya primitiva transcripción defectuosa exigió para todas ellas una armonización efectuada por los miembros especialistas de la Comisión, con el mismo respeto escrupuloso del motivo característico.

Una importante faz del folklore ha sido omitida en esta colección. Es la que comprende la descripción de costumbres, de industrias primitivas típicas, de medicina popular; de adagios que compendian el saber empírico del pueblo, y la toponimia, tan pintoresca y expresiva en nuestro país. No es preciso mencionar las supersticiones y las prácticas de grosera ignorancia, eliminadas por razones obvias. En cuanto a la primera, se consideró que constituía un material tan dispar por su forma y su espíritu del principal, netamente literario, que incorporado a éste habría afectado la homogeneidad y la armonía del libro. Por otra parte, lo escogido en esos dominios resultaba fragmentario e inconexo y no bastaba a dar una idea general, por superficial que se la admitiese, de nuestras costumbres populares, idea fácilmente accesible en libros ya corrientes. Pero esos menudos elementos han sido seleccionados y depurados y podrán ser útiles en otra oportunidad: acaso en una publicación especial. La Comisión cree justificada esta exclusión, insistiendo en que, en su criterio, ha primado la consideración estética y se-

guidamente la educativa, si bien se entiende que la primera entraña buena parte de ésta.

Merece también mención porque explica otras omisiones que advertirán los eruditos, el hecho de haber sido preferidas formas evidentemente populares a textos retóricamente acabados, que no obstante ser anónimos y difundidos, denunciaban un autor culto y por consiguiente era razonable suponerlo desvinculado no sólo de la creación del pueblo sino también, lo que más importa, de la comprensión del pueblo. Por ello se ha preferido reproducir la tradición oral a la fijada por escrito. No pocas de las composiciones que se dan como populares revelan, por la tersura, la riqueza y la exactitud del idioma, así como por las imágenes nada familiares y la prolongada regularidad de la métrica, ser obra de un desconocido autor culto y aun cultísimo, pero lo cierto es que se allanaron con el tiempo a la comprensión dilecta de los iletrados y enriquecieron el lenguaje más humilde. De ahí el pulcro casticismo de muchos modismos de nuestros campesinos y sus inesperadas alusiones a personajes bíblicos o de los romances de caballería.

Otra eliminación obligada fué la de aquellas composiciones incompletas o de texto visiblemente viciado. Pero en este punto encontró la Comisión valioso auxilio para salvar deficiencias y para dar debida representación a ciertos géneros en las copiosas colecciones reunidas por D. Juan Alfonso Carrizo, quien autorizó frecuentes reproducciones. Otros miembros de la Comisión contribuyeron también con algunas versiones recogidas personalmente *in situ*. Son éstos los casos únicos, numéricamente poco importantes, de incorporación de un material que no figura en el que perteneció al Consejo Nacional de Educación.

**LEYENDAS, CUENTOS
Y RELATOS IMAGINARIOS**

EL CAMINO DEL CIELO

Este era un matrimonio de viejecitos muy pobres que tenían tres hijos.

Un día, el mayor pidió permiso para salir a *rodar tierra* y buscar trabajo. Los padres se pusieron muy tristes, pero como el hijo insistió tanto, le dejaron hacer su voluntad. La madre le preparó unas *tortas* (1) y unos *quesillos* (2) y se los acomodó en las alforjas. Se despidió prometiendo volver en cuanto cambiara de suerte, y marchó.

Al poco tiempo, el segundo hijo también pidió permiso para salir a *rodar tierra*. Fué doble la pena de los padres, pero también tuvieron que consentir. La madre le preparó para el viaje *tortas* y *quesillos* como al otro hijo. Hizo la misma promesa, y partió.

Cuando el menor, que era un niño, dijo a los padres que quería salir a buscar trabajo, como sus hermanos, los viejecitos se echaron a llorar y le pidieron que se quedara. Él les aseguró que se conduciría con prudencia, para que nada malo le sucediera, y lo dejaron marchar. Esta vez la madre no pudo darle más que una sola *torta* y un solo *quesillo*.

(1) Aun hoy nuestro campesino pobre del Interior, amasa diariamente su pan ('torta') que cuece en el rescaldo. Pero, ésta, como otras prácticas de la vida doméstica, tiende a desaparecer.

(2) *El quesillo* es un queso que se hace en hojas.

El mayor encontró en el camino a un viejecito, muy pobre al parecer; iba montado en un burro y le pidió algo de comer.

—No tengo nada, — le contestó ásperamente.

—Y eso que llevas en las alforjas, ¿qué es?

—Eso es carbón, — le dijo en tono de burla.

—Que carbón se te vuelva cuanto pongas ahí, — le respondió el viejo, y siguió su camino.

El mediano, encontró en otro punto del camino al viejecito que pedía limosna, y también se la negó. Con él sostuvo el mismo diálogo que su hermano mayor, y “que carbón se te vuelva cuanto lleves ahí”, fueron las últimas palabras del viejo.

En otro lugar, el viejecito que pedía pan se encontró con el hermano menor. El niño no sólo fué cortés y respetuoso sino que partió con él su *torta* y su *quesillo*. Tienes un corazón de oro; que oro se vuelva todo lo que pongas en tus alforjas, — le dijo el viejo agradecido; y se despidieron.

Llegó el mayor a la casa de un señor poderoso y pidió trabajo.

El señor le dijo que precisamente buscaba un mandadero para encomendarle un encargo urgente. Necesitaba mandar una carta a una señora que vivía lejos. Debía recorrer un camino lleno de accidentes, guiado por unas ovejitas. Nada debía temer ni retroceder ante ningún peligro, si quería cumplir el mandato. El muchacho aceptó.

A la madrugada del día siguiente le entregaron la carta y soltaron las ovejitas que emprendieron la marcha. Él las siguió.

Después de caminar algunas horas, llegaron a un río de *aguas cristalinas* (1), pero muy caudaloso. El muchacho sintió miedo; pensó que el viaje era un pretexto para hacerlo morir ahogado, y regresó. Las ovejitas pasaron mordiéndose apenas las pezuñas.

El patrón despidió al muchacho porque no le había servido para su trabajo, y le dijo:

—Dime, cómo quieres que recompense lo que has hecho en mi servicio, ¿con un *Dios te lo pague* o con una carga de oro?

—Con una carga de oro, señor. ¿Qué puedo hacer con un *Dios te lo pague*?

Con la carga de oro emprendió viaje hacia su casa.

En todo el camino no hizo otra cosa que rumiar su felicidad de ser rico y pensar en el asombro de los padres al verlo descargar el oro.

Al llegar, gritó a los viejecitos, desde lejos, que abrieran las sábanas, que traía oro para llenar todos los baúles. Así lo hicieron, y, al vaciar su carga, cayó carbón en lugar de oro. El enojo de los padres, por lo que creían una burla, fué mayor al conocer la falta de piedad y el poco valor de su hijo, cuando él relató todo lo que le había sucedido y recordó las palabras del pordiosero.

El segundo hermano llegó al poco tiempo a la casa del rico hacendado. Le ocurrió en todo exactamente lo mismo que al primero, y su carga de oro, al ser vaciada en las sábanas de sus padres, se convirtió también en carbón.

El menor llegó a pedir trabajo en la casa del mismo amo, quien le encomendó la misma tarea y le hizo las recomendaciones acostumbradas. Aceptó y prometió cumplir fielmente las órdenes.

(1) Expresión usada corrientemente en el habla rural argentina del Interior.

A la madrugada, recibió la carta y las ovejas, y marchó detrás del hato.

Llegaron al gran río de *aguas cristalinas*. Pensó que lo arrastraría la corriente, pero como las ovejitas entraron, se armó de valor y las siguió. Las aguas se abrían hacia-
doles camino, y así pudieron cruzar el río sin dificultad.

Más adelante un turbulento río de sangre les cortó el paso. Sintió asombro y miedo, pero, como las ovejitas siguieron adelante, él fué tras ellas. La gran masa roja les abrió paso, y pudieron cruzarla.

Más allá, vió a la orilla del camino una oveja que jugaba con su corderito, corriendo, saltando y dándose topes.

Más lejos, en un alfalfar floreciente, observó con extra-
ñeza que unos bueyes flaquísimos pastaban.

Próximos a éstos, unos bueyes, relucientes de gordos, se paseaban en un terreno pedregoso donde no crecían sino algunas matas de hierba.

Al rato de andar, dos peñas enormes que se entrechocaban haciendo saltar chispas, les cortaron el camino. "Aquí moriré aplastado", pensó el valeroso muchacho. Las ovejitas, aprovechando el momento preciso en que las rocas se se-
paraban, pasaron, y él junto con ellas.

A poco trecho vió con horror que en un árbol estaban dos hombres colgados de la lengua.

Llegaron a una casa. Las ovejitas atravesaron el patio y se echaron a la sombra de los árboles. El muchacho comprendió que ése era el término del viaje. Salió una señora muy afable y le pidió la carta. Lo trató con todo cariño, le dió de comer y le hizo dormir la siesta con la cabeza apoyada en su regazo. Más tarde, lo bendijo y lo despidió.

El patrón se alegró mucho de verlo regresar, después de haber cumplido sus órdenes. Le pidió que le refiriera

cuanto le había llamado la atención, y él le fué explicando el significado de aquellas cosas.

El río de aguas claras como cristal lleva las lágrimas que la Virgen María derramó por Jesús, las mismas que derraman todas las madres por sus hijos.

El río de sangre es el que brotó de las heridas de Jesús, en su sacrificio por redimir a los hombres.

La oveja y el corderito que jugaban son la buena madre y el hijo cariñoso y reconocido.

Los bueyes flacos en el alfalfar floreciente son los ricos avaros.

Los bueyes gordos en el pedregal son los pobres avenidos.

Las peñas que se golpeaban son las comadres peleadoras.

Los hombres colgados de la lengua son los calumniadores condenados.

La señora a quien le entregaste la carta, era la Virgen María, y el viejecito que pedía limosna, Jesús que recorría el mundo probando la caridad de los hombres. Las ovejitas eran ángeles.

—Dime, ahora, cómo quieres que te recompense, ¿con un *Dios te lo pague*, o con una carga de oro?

—¡Oh, señor!, —contestó el muchacho—, una carga de oro ha de terminarse algún día, mientras que un *Dios te lo pague* dura siempre. Démelo Ud. un *Dios te lo pague*. Y así fué.

Cuando regresó a su casa, los padres lo recibieron contentísimos. Había dicho que no traía nada, pero, al descolgar las alforjas, se encontró con que estaban llenas de monedas de oro. Cuando contó lo que le había ocurrido en su viaje, todos reconocieron que el oro era el premio

que Dios daba a sus virtudes. Los hermanos, arrepentidos, prometieron enmendarse.

Todos vivieron ricos y felices.

Consultamos las versiones enviadas por los maestros: Sra. Amalia Dávila, de La Rioja; Sr. Joaquín di Genaro, de Mendoza; Sr. Sixto Barboza, Sra. María Luisa G. de Rivero, Sra. Rosa Antonia Olivetto y Sr. Rufino Ovejas, de San Luis; Sra. Rosa Antonia Olivetto, de San Juan, Matilde F. de Ortiz, Sr. Juan C. Riveros; Sr. Ramón T. Suárez Fernández, de Tucumán. Es conocido también en Córdoba.

LA FLOR DEL LIROLAY

Este era un rey ciego que tenía tres hijos. Una enfermedad desconocida le había quitado la vista y ningún remedio de cuantos le aplicaron pudo curarlo. Inútilmente habían sido consultados los sabios más famosos.

Un día llegó al palacio, desde un país remoto, un viejo mago conocedor de la desventura del soberano. Le observó, y dijo que sólo *la flor del lirolay*, aplicada a sus ojos, obraría el milagro. *La flor del lirolay* se abría en tierras muy lejanas y eran tantas y tales las dificultades del viaje y de la búsqueda que resultaba casi imposible conseguirla.

Los tres hijos del rey se ofrecieron para realizar la hazaña. El padre prometió legar la corona del reino al que conquistara *la flor del lirolay*.

Los tres hermanos partieron juntos. Llegaron a un lugar en el que se abrían tres caminos y se separaron, tomando cada cual por el suyo. Se marcharon con el compromiso de reunirse allí mismo el día en que se cumpliera un año, cualquiera fuese el resultado de la empresa.

Los tres llegaron a las puertas de las tierras de *la flor del lirolay*, que daban sobre rumbos distintos, y los tres se sometieron, como correspondía, a normas idénticas.

Fueron tantas y tan terribles las pruebas exigidas, que ninguno de los dos hermanos mayores las resistió, y regresaron sin haber conseguido la flor.

El menor, que era mucho más valeroso que ellos, y amaba entrañablemente a su padre, mediante continuos sacrificios y con grande riesgo de la vida, consiguió apoderarse de la flor extraordinaria, casi al término del año estipulado.

El día de la cita, los tres hermanos se reunieron en la encrucijada de los tres caminos.

Cuando los hermanos mayores vieron llegar al menor con *la flor del lirolay*, se sintieron humillados. La conquista no sólo daría al joven fama de héroe, sino que también le aseguraría la corona. La envidia les mordió el corazón y se pusieron de acuerdo para quitarlo de en medio.

Poco antes de llegar al palacio, se apartaron del camino y cavaron un pozo profundo. Allí arrojaron al hermano menor, después de quitarle la flor milagrosa, y lo cubrieron con tierra.

Llegaron los impostores alardeando de su proeza ante el padre ciego, quien recuperó la vista así que se pasó por los ojos *la flor del lirolay*. Pero, su alegría se transformó en nueva pena al saber que su hijo había muerto por su causa en aquella aventura.

De la cabellera del príncipe enterrado brotó un lozano cañaveral.

Al pasar por allí un pastor con su rebaño, le pareció espléndida ocasión para hacerse una flauta y cortó una caña.

Cuando el pastor probó modular en el flamante instrumento un aire de la tierra, la flauta dijo estas palabras:

No me toques, pastorcito,
ni me dejes de tocar;
mis hermanos me mataron
por *la flor del lirolay*.

La fama de la flauta mágica llegó a oídos del Rey que la quiso probar por sí mismo; sopló en la flauta, y oyó estas palabras:

No me toques, padre mío,
ni me dejes de tocar;
mis hermanos me mataron
por *la flor del lirolay*.

Mandó entonces a sus hijos que tocaran la flauta, y esta vez el canto fué así:

No me toquen, hermanitos,
ni me dejen de tocar;
porque ustedes (1) me mataron
por *la flor del lirolay*.

Llevado el pastor al lugar donde había cortado la caña de su flauta, mostró el lozano cañaveral. Cavaron al pie y el príncipe vivo aún, salió desprendiéndose de las raíces.

Descubierta toda la verdad, el Rey condenó a muerte a sus hijos mayores.

(1) En América, donde se ha olvidado el pronombre *vosotros*, *ustedes* es ya el plural de tú. *Vosotros* sólo se usa en la lengua literaria.

El joven príncipe, no sólo los perdonó sino que, con sus ruegos, consiguió que el Rey también los perdonara.

El conquistador de *la flor del lirolay* fué rey, y su familia y su reino vivieron largos años de paz y de abundancia.

Este cuento es conocido en la región norteña, en la región andina y en la región central. En Salta se lo llama "La flor del lirolay"; en Jujuy "La flor del ilolay"; en Tucumán "La flor del lirolá" y también "del litolá" y en Córdoba, La Rioja y San Luis "La flor de la Deidad".

Consultamos las versiones recogidas por los siguientes maestros: Sra. Carmen A. Prado de Carrillo, Carmen de Canarraz, de Jujuy; Sra. Angélica D'Errico, de Salta; Sra. Elena S. de Aguirre y Sr. Adrián Cancela, Srtas. María Isabel Chiggia, Esther López Güemes y Sra. Elena S. de Aguirre, de Tucumán; Srt. Tránsita Caneón, de La Rioja y Sra. María E. O. González Elizalde, de Córdoba; Srt. Dolores Sosa ("La flor del litolay"), Sra. Amalia O. de Nellar ("La flor de Lirolá"), de Catamarca; Srt. Emma Pallejá, de Entre Ríos; Sra. María Luisa C. de Rivero y M. Dolores C. de Suárez, de San Luis; Srtas. Urbana E. Romero, Adela A. Núñez e Irma Caribaux, de Santa Fe.

El tema ha sido puesto en verso por Juan Carlos Dávalos.

BELLEZA DEL MUNDO

Había una vez un viejo y una vieja que tenían una hija tan hermosa que la llamaban Belleza del Mundo.

La vieja era adivina y hechicera.

Un príncipe, que andaba de viaje, llegó un día a la casa y, al conocer y tratar a Belleza del Mundo, quedó prendado de la niña y la pidió a los padres para casarse con ella. Los padres se opusieron, porque preferían dedicarla a las artes de la madre, pero como la niña quería también al Príncipe, que era virtuoso y valiente, tuvieron que consentir.

El día de la boda, Belleza del Mundo dijo al Príncipe que sus padres pensaban matarlos esa noche y que sólo se salvarían huyendo. Se pusieron de acuerdo para la fuga.

A la hora de dormir, se fueron a su alcoba y fingieron acostarse.

—Vete al corral, —dijo la niña al Príncipe—, ensilla el caballo overo que hace una legua por tranco, y con un cuchillo *desgarrona* (1) la chancha negra que hace dos leguas.

Dejó tres gotas de saliva para que contestaran por ella cuando la hablaran, y llevó por todo equipaje una polvera, un peine y un espejo.

(1) *Desgarronar*, regionalismo por “desjarretar”.

Abandonaron la casa con el mayor cuidado, para no ser descubiertos.

Al rato, la vieja, sobresaltada, dijo a su marido:

—Viejo, Belleza del Mundo se nos va.

—¿Cómo crees que puede irse sin que la veamos?, — contestó él. —Llámala.

La vieja llamó a Belleza del Mundo.

La primera gota de saliva contestó:

—¡Señora! (1).

Pasaron unas horas y la vieja volvió a decir, llena de inquietud:

—Viejo, Belleza del Mundo se nos va.

—No, vieja, ¿cómo puede irse? Llámala y verás que aún está despierta.

—¡Belleza del Mundo!, — llamó la vieja, y la segunda gota de saliva contestó:

—¡Señora!

Se quedaron tranquilos nuevamente, pero, al amanecer, la vieja, desesperada, volvió a decir:

—Viejo, estoy segura de que Belleza del Mundo se nos va, — y la llamó otra vez. La última gota de saliva, casi seca, respondió débilmente:

—¡Señora!...

Segura de saber lo que había ocurrido, la vieja salió de su habitación, revisó la alcoba y el corral, y volvió gritando:

—¿No te decía, viejo confiado? Han huído en el caballo otero y han *desgarronado* la chancha para que no los podamos seguir. Vete en ella, que algo corre todavía, y tráemelos en cualquier forma. Ya me las pagarán.

Salió el viejo en persecución de los fugitivos.

(1) Este tratamiento respetuoso de los hijos para con los padres se ha usado en nuestros campos y aún se usa en regiones del interior.

Los jóvenes habían recorrido buena parte del camino, cuando Belleza del Mundo dijo a su compañero:

—¿Ves aquella nubecita de polvo? Es mi padre que nos persigue. Cuando nos alcance haremos del caballo una planta, yo me convertiré en una flor y tú en un picaflor. Si mi padre quiere cortar la flor, pícale un ojo a la chancha y no la dejes arrimarse.

Cuando llegó el viejo, al ver aquella flor tan preciosa quiso cortarla, pero el picaflor dió un picotazo en un ojo a la chancha que corcoveó y no quiso seguir; el viejo tuvo que volverse.

Cuando el viejo contó a la vieja lo que le había pasado, ella le dijo:

—Qué poco vivo eres: la planta era el caballo, la flor Belleza del Mundo, y el picaflor el joven. Vuelve a seguirlos; de cualquier modo me los tienes que traer. Cuida de que no te éngañen otra vez.

El viejo partió nuevamente.

Belleza del Mundo lo vió desde lejos y le dijo a su compañero:

—Mi padre vuelve. Seguramente mi madre le ha explicado todo y le ha dado instrucciones para que nos descubra. Cuando esté cerca haremos del caballo una iglesia, de sus pelos los fieles, yo me convertiré en una virgen y tú en un sacerdote. Si algo te pregunta, tú dirás: Santa María, yo no he visto nada.

Llegó el padre y preguntó al sacerdote:

—¿No ha visto pasar por aquí un joven, montado en un caballo overo, que lleva a una niña a las ancas?

El sacerdote, imitando la entonación con que se dice misa, contestó:

—Santa María, yo no he visto nada. — Y todos los fieles lo repitieron en coro.

Convencido el viejo de que habían tomado otro rumbo, se volvió.

Cuando le contó a la vieja todo lo ocurrido, ella le dijo:

—¡Ah, viejo, te engañaron nuevamente! La iglesia era el caballo y sus fieles los pelos; la virgen, Belleza del Mundo, y el sacerdote, el joven. Yo iré, a mí no me podrán burlar.

La vieja montó en la chancha que casi había sanado de sus heridas y corría con mayor velocidad.

La niña la vió a gran distancia, y le dijo a su compañero:

—Es mi madre la que nos sigue ahora. Tendremos que defendernos con más inteligencia.

Cuando estuvo cerca, le tiró el polvo, y una niebla espesa le cortó el camino. La vieja dió tantas vueltas e insistió tanto, que al fin pudo pasar.

Alcanzó otra vez a los fugitivos y la niña le tiró el peine. Se formó un pencil tan erizado de espinas que la chancha se resistía a entrar, pero la vieja perseveró tanto que al fin pudo cruzarlo.

Al alcanzarlos por tercera vez, la niña dijo al Príncipe:

—Cuando llegue mi madre, formaremos una laguna; tú y yo nos transformaremos en patitos y nadaremos en ella. Nos tirará tres bolas mágicas. Si con alguna nos toca, nos perderemos; si podemos evitarlas, venceremos su poder, y nos dejará en paz.

Cuando la vieja creyó tenerlos en sus manos, la niña tiró el espejo que se convirtió en una gran laguna, y ellos se transformaron en patos.

No pudo penetrar en la laguna por su profundidad. Tiró entonces sus tres bolas mágicas, y las tres veces los patitos pudieron hundirse tan rápidamente que ninguna bola los tocó. Sintiéndose derrotada, la vieja gritó a su hija:

—Anda, ingrata, que el que te lleva te olvidará. Y se volvió.

Los dos jóvenes, contentos de haber triunfado en aquella aventura, siguieron su camino.

Ya en las afueras de la ciudad donde vivía el Príncipe, quiso él adelantarse para explicar a sus padres todo lo sucedido y hacer preparar un digno recibimiento para su esposa. De común acuerdo llegaron al ranchito de una viejecita muy pobre. La viejecita los recibió cariñosamente y la niña se hospedó allí. Belleza del Mundo le pidió al Príncipe, al despedirlo, que no se dejara abrazar por nadie si no quería olvidarla. Él se lo prometió.

Llegó el Príncipe al palacio y sus padres salieron a recibirla jubilosos, pero él no permitió que lo abrazaran. Así lo hizo con todos sus parientes y amigos; pero, en un descuido, una perrita que tenía desde niño, le abrazó las piernas y en el acto se olvidó de todo.

Pasó el tiempo; el Rey quiso casar a su hijo con una princesa y el Príncipe aceptó.

Belleza del Mundo, que seguía viviendo en el rancho de la viejecita, tuvo noticias de la boda y se presentó en el palacio el día en que se consagraba.

Rogó que la dejaran hacer unas pruebas para entretenér a la concurrencia con una gallinita y un gallito que hablaban.

Se le dió permiso. Todos quedaron asombrados de la belleza de la joven, y muy maravillado el Príncipe, pero como había perdido la memoria no la reconoció.

Belleza del Mundo puso en medio del gran salón a sus animalitos. Ellos, entre vueltas y saltitos graciosos, dialogaron así:

—¿Te acuerdas, gallito, cuando mis padres después de casados nos quisieron matar?

—Co, co, que no me acuerdo.

—¿Te acuerdas cuando *desgarronaste* la chancha negra

y huímos en el caballo overo, mientras mis gotas de saliva contestaban los llamados de mi madre?

—Co, co, que no me acuerdo.

—¿Te acuerdas, gallito, cuando nos perseguía mi padre y para engañarlo convertimos en planta al caballo y nosotros nos transformamos en flor y en picaflor?

—Co, co, que no me acuerdo.

—¿Te acuerdas, gallito, cuando convertido el caballo en iglesia, yo en virgen y tú en sacerdote, engañamos nuevamente a mi padre?

—Co, co, que no me acuerdo.

—¿Te acuerdas, gallito, cuando nos alcanzó mi madre y yo tiré el polvo que formó una niebla espesa, pero que ella atravesó?

—Co, co, que algo me acuerdo.

—¿Te acuerdas, gallito, cuando otra vez nos dió alcance mi madre, y yo tiré el peine que se hizo un pencal muy bravo pero que ella logró cruzarlo?

—Co, co, que un poquito, un poquito me acuerdo.

—¿Te acuerdas, gallito, que por tercera vez casi caímos en las manos de mi madre, yo tiré el espejo que se volvió una laguna, nosotros nos convertimos en patos, y que, al no alcanzarnos con las tres bolas mágicas, me dijo antes de volverse: el que te lleva te olvidará?

—Co, co, que ya me voy acordando.

—¿Te acuerdas, gallito, que al dejarme en un ranchito para anunciar a tus padres nuestro casamiento, te dije que no te dejaras abrazar por nadie, pero que en un descuido te abrazó la perrita, y me olvidaste?

—Co, co, que ya me acuerdo.

En ese momento, el Príncipe, que estaba reviviendo lo que había pasado, con el diálogo de la gallinita y el gallito se acordó de todo, abrazó a su esposa y la presentó a sus padres y al pueblo.

El Rey les regaló toda su fortuna y dejó a su hijo el reino.

**Y fueron felices,
comieron perdices.
A mí no me dieron
porque yo no quise.**

Con este título se conoce en la región central. Es popular también en la región del norte como lo demuestra la variante enviada por la Sra. Julia Saravia, de Jujuy y en la región andina como lo prueban las versiones recogidas por la Sra. Hermenegilda O. de Gallardo y Sra. Vicenta Olmeida, de San Juan; y en la central, Sra. María Lastenia Páez Centeno, de Córdoba.

LOS CUATRO HIJOS

Había una madre que tenía cuatro hijos que se llamaban Colcol, Lechuza, Araña y Picaflor.

Los hijos eran haraganes, desobedientes y poco cariñosos con la madre, con excepción del menor, que tenía excelentes cualidades. Un día los reunió la madre y les pidió que buscaran un modo de trabajar, pues ella moriría tranquila sabiéndolos útiles.

—Yo me iré a los montes más espesos, — dijo Colcol.
—Dormiré de día, y de noche saldré a buscar algún alimento.

—Yo viviré en los cementerios y en las vizcacheras, —dijo Lechuza—. Desde allí haré algunas excursiones en busca de comida que no me cueste mucho conseguir.

—Yo tejeré algunas telas cuando no tenga mucha pereza, — dijo Araña.

—Yo me quedaré con mi madre, —dijo Picaflor—, la cuidaré y trabajaré para ella.

Un día, enfermó gravemente la madre, y Picaflor fué a buscar a sus hermanos.

—Dice mi madre que vayas, que está muy enferma, — dijo a Colcol.

—Dile que no me gusta salir de día, que tengo mucho sueño.

—Dice mi madre que vayas, que está muy enferma, — dijo a Lechuza.

—Dile que acabo de atarme los *rulos* (1), que no puedo salir así.

—Dice mi madre que vayas, que está muy enferma, — dijo a Araña.

—Dile que acabo de comenzar una tela, que si voy me atrasaré.

Picaflor dió a la madre todas las respuestas. Ella sufrió mucho por tanta ingratitud, y, para castigarlos, dijo: Mi hijo Colcol vivirá oculto en los bosques, porque será perseguido; mi hija Lechuza causará miedo por su fealdad, y todos le tendrán horror; mi hija Araña vivirá urdiendo telas, pero nunca tendrá ninguna; mi hijo Picaflor será querido y admirado en todas partes.

Dios los transformó a todos en animales, y en cada uno se cumplió la voluntad de la madre.

(1) *Rulo*, “rizo”.

Nos atenemos a la versión enviada por la Srta. María C. Barrionuevo, de Catamarca.

Colcol. - En la región central, *colcón* - Un buho - *Strix rufipes* - King.

Lechuza - *Speotyto cunicularia*.

Picaflor - *Chorostillon aureoventris*.

LEYENDAS DE SAN FRANCISCO SOLANO

I

EL PAN

Cuéntase que cuando San Francisco Solano llegó a La Rioja, fué invitado a comer en casa de un encomendero muy rico que explotaba a los indios y los trataba cruelmente.

Sentados a la mesa, el santo tomó un pan y lo apretó entre las manos. Ante la extrañeza de todos los comensales el pan brotó sangre. Se puso entonces de pie, y en actitud de marcharse, dijo con voz amarga y enérgica: "No comeré nunca a la mesa en la que se sirve pan amasado con la sangre de los humildes".

Desde ese día fué decidida su campaña en favor de los indios que los españoles esclavizaban para enriquecerse. No consiguió nada ni por la persuasión ni por el ejemplo. Descorazonado, resolvió irse (1).

(1) Nos atenemos a las versiones enviadas por las Srtas. María Gordillo Bustos y María L. Carrizo Pelliza, de La Rioja.

II

RIO HONDO

Volvía San Francisco Solano de la provincia de Tucumán con una tropa de carretas cargadas de madera para la iglesia que se levantaba en Santiago.

La tropa se detuvo en el paso del Río Dulce, que estaba crecido. El río bramaba como un torrente y arrastraba árboles y peñascos.

Otras carretas estaban allí detenidas. Aseguraban los carreteros que en ese paso el río era muy hondo.

Se desataron los bueyes. Mientras las bestias y los peones tomaban un descanso, San Francisco, apartado, oraba. Al rato, dió la orden de unir los bueyes y de continuar el viaje. Todos se miraron con asombro, pero obedecieron.

San Francisco montó en su mulita y encabezó la marcha. Al entrar en el río, levantó su cordón, y la encresada masa de aguas turbias se abrió, dejándolos pasar.

Como el Santo dijera bromeando: "ahí tienen el río hondo", Río Hondo se llamó desde entonces a esa parte del Dulce y a la población que en sus márgenes está situada, en la provincia de Santiago del Estero (1).

(1) Versión enviada por los maestros: Srtas. María M. Arias y María Esther Acosta, y Sres. Aristóbulo Bustos Navarro y Justo J. Correa, de Santiago del Estero.

San Francisco Solano vino a la Argentina desde el Perú en 1586. Catequizó a los indios en nuestro territorio desde el norte hasta la Rioja y Córdoba. En su vida prodigiosa caben, para el pueblo que aún lo recuerda, todos los milagros. El enseñó a los indios a tocar el violín, que en la región norteña es hoy un instrumento popular.

Ver en el tomo para las Escuelas Primarias otras leyendas.

LA VIRGEN DEL VALLE

Esta imagen es venerada en todas las provincias andinas. El día de su festividad acuden al santuario del Valle millares de creyentes, muchos de los cuales han tenido que realizar un largo viaje para llegar allí.

La tradición ha conservado el recuerdo de sus numerosos milagros, entre los cuales figura el muy conocido de "la cadena".

La santa imagen fué sacada de la Gruta de Choja (Catamarca), por el español Manuel Salazar, en el año 1618. Nadie sabe quién la llevó hasta ese punto y la escondió en la gruta de piedra, rodeada de peñascos, donde fué hallada por los indios, a principio del siglo XVII.

Estos la festejaban a escondidas, con danzas y fogones, creyendo que Dios mismo la había colocado allí.

Un indio, sirviente de Salazar, reveló a su amo el secreto de la Virgen, y Salazar, atento a las informaciones recibidas, encontró la imagen y la sacó de su nicho de piedra, a pesar de la oposición de los indios.

El español la llevó primero a Collagasta y luego a su residencia de Valle Viejo; pero durante aquella noche desapareció la imagen, y fué encontrada al siguiente día en el interior de la gruta. Salazar la llevó nuevamente a

su casa, de donde desapareció por segunda vez. Los vecinos interpretaron estas ausencias de la Santa como una manifestación de su divina voluntad: la Virgen abandonaba la vivienda particular, porque no quería ser “patrona de pocos”, sino de muchos y de todos. Entonces, convencidos de este deseo, los vecinos edificaron una capilla, y allí colocaron la imagen milagrosa.

LA CRUZ DE LOS MILAGROS

Hay en la Iglesia del Milagro, en Corrientes, una rústica cruz que es venerada con el nombre de "Cruz de los Milagros". Una curiosa leyenda justifica ese nombre.

Cuenta la tradición que los españoles, cuando fundaron San Juan de Vera de las Siete Corrientes, llamado hoy Corrientes, después de elegir el lugar y antes de levantar el fuerte, decidieron erigir una gran cruz, símbolo de su fe cristiana.

La construyeron con una rama seca del bosque vecino, la plantaron luego, y a su alrededor edificaron el fuerte, con ramas y troncos de la selva.

Construído el fuerte y encerrados en él, los españoles se defendían de los asaltos que, desde el día siguiente, les llevaban sin cesar las tribus de los guaraníes, a los cuales derrotaban diariamente, con tanta astucia como denuedo. Los indios, de un natural impresionable, atribuían sus desastres a la cruz, por lo que decidieron quemarla, para destruir su maleficio. Se retiraron a sus selvas, en espera de una ocasión favorable, la cual se les presentó un día en que los españoles, por exceso de confianza, dejaron el fuerte casi abandonado.

La indiada, en gran número, rodeó la población, en tanto que huían los pocos españoles de la guardia, escondiéndose entre los matorrales.

Con ramas de quebracho hicieron los indios una gran hoguera, al pie de la cruz que se levantaba en medio del fuerte. Las llamas lamían la madera sin quemarla; un indio tomó una rama encendida y la acercó a los brazos del madero: entonces, en el cielo límpido, fué vista de pronto una nube, de la cual partió un rayo que dió muerte al salvaje.

Cuando los otros guaraníes lo vieron caer fulminado a los pies de la cruz, huyeron despavoridos a sus selvas, convencidos de que el mismo cielo protegía a los hombres blancos. Los españoles, que escondidos entre la maleza presenciaban tan asombrosa escena, divulgaron luego este suceso, que no cayó, por cierto, en el olvido. En la Iglesia del Milagro, en Corrientes, se encuentra hoy la Cruz de los Milagros: se la guarda en una caja de cristal de roca, donada por la colectividad española.

EL CERRO DEL MORRO

A la gran mole del Morro, de San Luis, le corresponde un sitio muy importante en la tradición popular.

Cuando algún forastero pretende treparlo o recorre su comarca, el cerro lo *desconoce*, gruñe y se envuelve en una niebla densa que desconcierta sus pasos. Se cree que guarda grandes tesoros, que así defiende celosamente.

En la cuenca que ha quedado en su cráter de volcán extinguido, hay una laguna. Allí han visto los mocetones a "la Madre del agua", joven y hermosísima, que peina su abundante cabellera rubia con un peine de oro. Saben ellos que su hechizo es irresistible, por eso han huído desesperadamente, arañándose entre ramas y pencales.

El Cerro del Morro anunciaba el *malón de los ranqueles*. Cuando como una nube de polvo aparecía el malón en la llanura puntana, el cerro dejaba oír su bramido sordo y subterráneo. Los comarcanos, que lo conocían, trepaban por sus flancos, llevando sus ganados, y así se salvaron siempre de la lanza y del saqueo de los salvajes (1).

(1) *Los indios de la pampa*, desde los primeros tiempos de la conquista, asolaron con sus malones las poblaciones en una extensa zona de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y San Luis.

La célebre campaña del desierto del General Roca en 1878, los desalojó para siempre de sus dominios. Estos indios no trepaban nunca las sierras, y en ellas se salvaban los habitantes de los valles.

Versión recogida por nosotros.

**NARRACIONES
DE SUCESOS REALES**

LA CIUDAD DE ESTECO

La gran ciudad era maravillosa. Las cúpulas de sus edificios parecían tocar el cielo y sus muros, revestidos de oro, le daban un aspecto resplandeciente. Estaba rodeada por un bello paisaje de cerros azules y de lozana vegetación. Los dilatados campos de cultivo y las praderas llenas de ganado le aseguraban una vida de abundancia.

Sus habitantes usaban un lujo desmedido y en todo revelaban ostentación y derroche; hasta las herraduras de los caballos eran de plata. La soberbia que los caracterizaba llegaba al extremo de que, si se les caía el sombrero, un objeto cualquiera y aún dinero, no se inclinaban siquiera para mirarlos, mucho menos para recogerlos.

Sólo vivían para la vanidad, la holganza y el placer. Fueron perdiendo poco a poco la piedad, la fe, el respeto y la dignidad. Eran, además, mezquinos e insolentes con los pobres, y despiadados con los esclavos.

Un viejo sacerdote les predijo desde el púlpito que, si no volvían a sus antiguas costumbres y a la vida sencilla y pura, la ciudad sería destruída por un terremoto. Todo el mundo hizo burla de la predicción, y la palabra *terremoto* se mezcló a los chistes más atrevidos e insolentes. La vida de la ciudad siguió siendo cada vez más vana y licenciosa.

Un día, un trueno ensordecedor anunció el terremoto. Tembló la tierra. Se abrieron grandes grietas que tragaron

las casas y las gentes, y lenguas de fuego quemaron cuanto podía sobrevivir.

Ni las ruinas quedaron de la opulenta ciudad de Esteco. Un campo árido y desolado la reemplaza (1).

(1) Nos atenemos a las versiones enviadas por los maestros: Sra. Clara Corte de Cazón y Sres. Héctor Ugarte, Alfredo T. Leiva y Salvador Estopiñan, de Jujuy; Srtas. Lya Hallmer y Pastora Lobo, de Salta; Sra. Adolífina M. de Burela.

La primitiva ciudad de Esteco estuvo situada en la margen izquierda del río Pasaje, a ocho leguas al sur de *El Quebrachal*, en el Departamento de Anta, Salta.

Cuando Alonso de Ribera en 1609 fundó la ciudad de Talabera de Madrid, los antiguos pobladores de Esteco —que en parte vivían en la población próxima que la reemplazó, Nueva Madrid de las Juntas— vinieron a ella, y comenzaron a llamarla Esteco el Nuevo, nombre que se impuso sobre el oficial. Pronto se enriqueció, por ser un importante centro de comercio. A ésta se refiere la leyenda (ver nota de Juan Alfonso Carrizo, en su “Cancionero de Salta”).

Según el Padre Lozano su evangelización fué encargada al famoso Padre Alonso de Bárzana.

El Padre Techo dice que fué destruída por un gran terremoto en 1692.

La leyenda popular mantiene vivo, al cabo de siglos, el recuerdo de su existencia.

LA DIFUNTA CORREA

Los viajeros que por una causa u otra se internan en los caminos que cruzan la Travesía del Bermejo, habrán visto al llegar a Vallecito, pequeño valle formado por las últimas ramificaciones de Los Andes, un monumento hecho con piedra bruta en medio del campo.

Quien, sorprendido, pregunte el significado de esa obra del hombre en lugar tan apartado, oirá esta respuesta: "allí está enterrada la finadita Correa".

El renombre de esta alma milagrosa, como se la llama, ha traspuesto los límites de San Juan, y por eso de muchas provincias vecinas acuden los creyentes, atraídos por la fama de sus milagros.

Según la leyenda, Mercedes Correa fué una pobre y heroica mujer que murió de hambre y sed en Vallecito, cuando marchaba por ese desierto, siguiendo a un soldado.

Una versión asegura que ese soldado era su hijo, incorporado por San Martín al Ejército de los Andes. La madre, desesperada, le seguía a través de los llanos, con el único deseo de verlo a escondidas, durante la noche.

Los soles del verano agotaron a la débil mujer, que llevó la muerte en las soledades de Vallecito.

Otra versión, tan extendida como la anterior, afirma que el soldado era su marido, a quien llevaban a la fuerza los mонтонeros.

Su esposa, con una criatura en brazos marchó tras él confiando en libertarlo durante la noche, en algún descuido de la montonera.

El sol, la sed, el hambre y el dolor la vencieron. Tiempo después unos viajeros encontraron su cadáver y el de su hijito, y los enterraron allí mismo, colocando en la tumba una rústica cruz.

Las gentes del lugar aseguran que, por haber sufrido tanto, Dios concedió a la difunta Correa los dones de una santa, convirtiéndola en protectora de los arrieros y caminantes.

Muchísimos casos parecieron confirmar esta ingenua creencia; entre los más conocidos figura el siguiente.

Flavio Zeballos conducía una tropa de quinientos bueyes a Jáchal. Una noche de tormenta los animales, asustados por la tempestad, huyeron sin rumbo.

El arriero, después de andar varios días buscándolos en vano por todas partes, ofreció a la finadita Correa levantarle un monumento, si le ayudaba a hallar sus animales.

Al día siguiente de su plegaria volvieron al mismo sitio de su desaparición los quinientos bueyes. Fiel a su promesa y venciendo cien dificultades para transportar hasta aquellas soledades los materiales necesarios, el arriero hizo construir un mausoleo, en cuya parte superior grabó estas palabras: "Recuerdo de Flavio Zeballos".

El ferrocarril, que pasó después por comarcas próximas, quitó mucho tránsito al antiguo camino carretero. En la estación Vallecito hay ahora una casucha donde día y noche arden las velas que se ofrecen al alma de Mercedes Correa y existe, también, una caja destinada a recibir las dádivas de sus devotos.

LA TELESITA

Telésfora Santillán era una “inocente” que vivió a mediados del siglo pasado en la región del Salado, (Departamento Figueroa, Santiago del Estero).

Es conocida en toda la provincia como alma milagrosa, y se le llama en algunos lugares, Telesita, Tele o Telesa.

Circulan sobre su vida varias leyendas; sin embargo, todas ellas coinciden en el relato de su trágica muerte.

Una versión dice que la Telesita era una mujer a quien gustaba muchísimo embriagarse y bailar; un día cayó ebria sobre el fuego y murió quemada.

Otra presenta a la Telesita como a una chiquilina “inocente” que vivía mendigando y que murió quemada, mientras dormía acurrucada al lado de un fogón, en una noche de invierno.

Finalmente para muchos la Telesita era una mujer “inocente”, que vagaba por los bosques de Santiago del Estero y sólo se aproximaba a los ranchos para robar algún alimento o atraída por los sones de la caja, anunciantes de baile y diversión.

En una oportunidad, en que entró a escondidas en la cocina de una casa, se le incendiaron los harapos que la cubrían. Al ver las llamas, la “inocente” huyó hacia los bosques despavorida, y allí la encontraron luego, carbonizada.

La Telesita es milagrosa porque “hace aparecer todo lo perdido”. Si a un arriero, por ejemplo, se le extravía un animal, le ofrece una Telesiada (baile), convencido de que el animal aparecerá.

Inocente - Falta de inteligencia.

Telesiada - Baile con abundancia de caña y música. El que ha ofrecido la promesa, lo inicia con una chacarera.

CRUZ CASTRO

Entre los hombres más audaces de la mонтонera puntaña, figuró el gaucho Cruz Castro, valiente como pocos.

La fama de sus hazañas, contadas a la lumbre del fogón, dilata en el tiempo su existencia que se apagó en Las Islitas (Lafinur, San Luis) el año 1918.

Su larga vida, alcanzó los 90 años, era un retazo viviente de la historia de la mонтонera criolla, en cuyas correñas tomó parte activa.

Las personas que le conocieron, le recuerdan como a un paisano comedido y conversador, montando siempre el mismo caballito zaino, flaco y mal aperado. Este animal le salvó la vida y, según contaba el mismo Castro, a él debió no ser muerto por los colorados de La Rioja. El hecho extraordinario que puso a prueba el valor del jinete y la resistencia del caballo ocurrió en la siguiente forma.

El Coronel Eduardo Quevedo, caudillo puntano, como andaba disgustado con Cruz Castro por cuestiones personales, había ordenado su prisión. El gaucho se escondió en La Quebrada de Las Flores, para no caer en manos de los secuaces del Coronel.

Una siesta en que el sol quemaba, lo venció el deseo de unas sandías maduras, que cultivaba Quevedo, en una chacra próxima.

Quiso la casualidad que, al llegar al cerco, se enfrentara con el Coronel.

Audaz y pícaro no se asustó y sacándose el sombrero, después de saludarle, le dijo en tono humilde:

—Vea, Coronel, hace tiempo que deseo hablarle y no lo hacía porque Ud. ha ordenado mi prisión. Hoy he venido a ponerme a sus órdenes.

Quevedo, que tal vez advirtió la mentira, entre enojado y risueño, siguió caminando en dirección a su casa, sin contestarle nada. Cuando llegaron allí, por única respuesta le hizo incomunicar.

Esa noche, los colorados asaltaron la casa, y se llevaron prisioneros al Coronel y a Castro, arriando también los dos mejores "parejeros" del corral, un zaino y un overo.

Los montoneros marcharon toda la noche y todo el día siguiente; sólo hicieron alto al anochecer, junto a un algarrobo de poca altura y rodeado de jarillas; ya estaban en las llanuras de La Rioja.

Los prisioneros, con las manos atadas, fueron colocados a la vista, junto con los caballos. Los llanistas encendieron el fogón y, mientras se asaba un costillar, vaciaban en sus sedientas gargantas los chifles repletos de vino. A media noche, la soldadesca ebria dormía roncando estrepitosamente, mientras velaban, pensando en su muerte próxima, los dos prisioneros.

Cruz Castro, sereno y valiente, se arrastró hasta donde estaba el Coronel, y le dijo por lo bajo:

—Le voy a soltar el overo, salvese si puede, que yo trataré de hacer lo mismo.

Quevedo, conmovido, le contestó:

—Gracias, Castro; si consigues desatar el overo te perdono todas las picardías que me has hecho; pero cuidado, no te oigan, que si se despiertan nos matan en el acto a los dos.

Castro, forcejeando, consiguió desatarse las manos mientras su compañero hacía lo mismo. Después, arrastrándose,

llegó hasta el overo y le corrió el maneador. El noble animal, cual si comprendiese, se acercó, olfateando a su amo, quien montó de un salto.

El otro animal lo tenía un soldado atado a su muñeca; hasta allí llegó como una sombra el valiente paisano, y le resbaló el bozal al parejero. Este, asustado, dió algunos cabezazos que despertaron al soldado; pero ya estaba Cruz sobre el caballo y, sin mirar para atrás, le dió un chirlo en el pescuezo, el animal saltó sobre los soldados, y se lanzó a gran velocidad campo afuera, seguido de cerca por Quevedo.

Los colorados que también tenían buenos “pingos”, salieron en su persecución.

Mientras huían, las ramas de garabato y algarrobo les destrozaban las ropas y las carnes; los nobles caballos bañados en sudor, volaban por el “monte”, como si hubieran comprendido, que de ellos dependía la vida de aquellos dos hombres. Al amanecer, los prófugos habían dejado atrás a sus perseguidores, resolviendo separarse, para confundir el rastro.

Tres días galopó Castro, hasta que llegó deshecho y ensangrentado a Cautana, donde tenía su familia. No bien descansó y se lavó para quitar de su piel los rastros de la sangre y el polvo, se dirigió con su hermano a la casa del Coronel, para informar a sus familiares de la fuga de éste.

Cruzaban un bosque de algarrobos, cuando vieron trotar a lo lejos a un hombre, medio desnudo y ensangrentado, que montaba un overo cubierto de blanca espuma. Castro reconoció el caballo y el jinete. Era el Coronel. Galoparon y pronto se confundieron en un abrazo los dos fugitivos que tan cerca estuvieron de la muerte en el campamento de los colorados.

El Coronel mandó construir una capilla para la Virgen, cumpliendo así la promesa que le hiciera cuando, en su fuga tropezó el overo en unos troncos y estuvo a punto de caer en manos de sus perseguidores. La indiferencia de las gentes ha dejado arruinar la capilla que hoy es sólo una tapera.

CENTINELA VALIENTE

El sargento Tránsito Gauna pertenecía al Regimiento 4, destacado en el Fortín de las Pulgas.

Criollo de pura cepa, era famoso por la penetración de su mirada y la agudeza de su oído, dones que le permitían identificar, en el eco lejano, la proximidad de la indiada en malón o el paso de los animales en fuga.

Estaba de guardia una tarde, a tres leguas del Fortín, cuando oyó el tropel de la invasión indígena que se aproximaba.

Montó en su caballo pampa, que siempre tenía cerca, y a toda rienda se dirigió hacia unos chañarales que se veían a lo lejos. Allí, con un gajo de algarrobo, hizo una lanza; en seguida tiró su sombrero y se ató la cabeza con una vincha; y así, ayudado por su color cobrizo y su cabello lacio y recortado, quedó convertido en un verdadero indio. Cuando el malón llegó, Gauna, protegido por las primeras sombras de la noche, salió del bosquecillo, se confundió con la indiada y galopó hacia el Fortín.

Los indios venían capitaneados por los caciques Mariano Rosas y Baigorria, y por los famosos bandidos Melchor Costa y Juan Gregorio Puebla. Cuando llegaron a las orillas del Río V, el sargento fué conteniendo el andar de su caballo, para dar la impresión de que el animal, ya cansado, no podía seguir la marcha. Desmontó luego favorecido por la obscuridad y, ocultándose entre los cortaderales,

consiguió entrar en la población, y comunicar al jefe de su regimiento que el bajo del río se encontraba ocupado por una indiada numerosísima.

El jefe mandó tocar "generala", y el pueblo, que acudió en masa, se unió a los soldados para construir trincheras. Al oír el toque de las cornetas, los indios comprendieron que habían sido vistos y que no podrían tomar el fortín por sorpresa. En la actualidad aquel fortín lleva el nombre de Villa Mercedes, y es la ciudad más progresista de la provincia de San Luis.

HISTORIA DE UNA CAUTIVA

La protagonista de esta dolorosa historia, es Eustaquia de Orosco. Vivía en el Médano, cerca de Fraga, cuando fué cautivada por los indios en uno de sus frecuentes malones.

La llevaron con su hijita. Largos meses pasó en los toldos inmundos, sin animarse a huir. La detenía la crueldad con que los salvajes castigaban la fuga de las cautivas; les despalmaban los pies a las infelices que eran alcanzadas.

Cuando murió el indio que la había cautivado, las indias la maltrataban en tal forma, que resolvió huir, llevándose su hija.

Una noche, robó un poco de charqui y eligió el mejor caballo de la tribu, sacándolo con gran sigilo del corral. Cuando estuvo a dos cuadras de los toldos, montó en él, levantó a su hija, miró las Tres Marías que se apagaban en el cielo, se encomendó a Dios, y largó la rienda al noble bruto rumbeando hacia la Laguna de Los Loros.

Un día y una noche galopó sin detenerse, a través de arenas y espinas, chupando el pedazo de charqui, que era su única provisión. El caballo, rendido de sed y fatiga, murió al tercer día dejándola a pie en el desierto y con una criatura en los brazos.

Caminaba días enteros, sin encontrar agua. Los médanos se sucedían, sin un árbol bajo cuya sombra pudiera descansar la infeliz madre. Rendida por la sed y el hambre,

sin fuerzas para llevar a su niña, resolvió dejarla y seguir sola. La sentó con cuidado entre las arenas y quiso alejarse, mas no pudo hacerlo y, levantándola de nuevo, marchó con ella.

Pasó otro día, la sed la cegaba. Extenuada y sin fuerzas, intentó nuevamente dejar a la niñita entre los médanos. Así lo hizo, y otra vez el débil llanto de la criatura la detuvo y le dió fuerzas. Juró entonces no abandonarla nunca.

Resignada, se sentó decidida a morir a su lado, cuando vió en un médano cercano, unas cañas muy verdes. Cortó unos trozos y se los dió a la niña, la cual los saboreó con gran alegría. Despues comió ella, aplacando con este milagroso hallazgo, la sed y el hambre. Chupando aquella caña, descansaba a ratos, y quemada por un sol de fuego, siguió su camino, marchando siempre hacia el norte.

Al fin, una tarde, divisó a lo lejos la mancha blanca del Lago Bebedero.

Fué tan grande su alegría al ver el agua, que no obstante ser muy salada la de este lago, cuando llegó a sus márgenes bebió grandes sorbos. Estando allí, oyó un tropel de caballos y como temía que fuesen los indios, entró al agua, ocultándose con su hija entre las "totoras" de la orilla. Vió entonces que eran unos soldados cristianos y les habló, sin salir del agua, pues tenía vergüenza de presentarse con sus ropas destrozadas.

Los soldados pertenecían al Fortín de las Piedras y andaban cazando avestruces. Al oír desde el lago solitario, una voz de mujer que les hablaba, se sorprendieron muchísimo. Ignorantes y supersticiosos, creyeron haber escuchado a un "espíritu o ánima en pena" y apresuradamente regresaron al Fortín con esta novedad.

Intrigado el jefe, acudió con sus soldados al lugar del suceso. Llegados allí, vieron salir de entre las totoras una

mujer, escuálida y casi desnuda, que apenas podía sostener la criatura que llevaba en los brazos.

El jefe, se quitó la capa y la cubrió con ella.

Doña Eustaquia dió su nombre y contó su triste historia, resultando ser la esposa de un sargento del Fortín. Avisado éste, pero sin decirle quién era la cautiva, acudió llevando un caballo de tiro. Cuando llegó y se encontró con su mujer y su hijita, a quienes creía muertas o perdidas para siempre, cayó de rodillas dando gracias al Señor por haberlas salvado.

A TRAVES DEL CHACO

Después de la muerte del General Lavalle, los soldados correntinos que aún le acompañaban decidieron regresar a su terruño, cruzando el Chaco, despoblado y peligroso.

Vencidos y pobres, contando sólo con sus flacos caballos, se pusieron en marcha a través de los bosques imponentes, llevando unos indios tobas como baquianos y a don Eugenio Ramírez, como oficial de vanguardia.

A medida que el grupo se internaba en el corazón de la selva, los víveres se hacían más escasos; y algunos soldados se vieron en el trance de matar sus caballos, para aplacar el hambre, lo cual significaba quedarse a pie.

Habían realizado apenas la mitad de su camino, y casi todos los soldados iban ya sin cabalgadura. Acosados por las fieras y más aún por el hambre, devoraban el cuero de los caballos sacrificados, y sólo la desesperación les acompañaba en la selva enorme. En pleno bosque encontraron un grupo de indios tobas, y les preguntaron cuándo llegarían a la costa del río, frente a Corrientes. Los indios contestaron: "mañana, mañana, mañana, mañana", lo cual significaba que alcanzarían la ansiada orilla cuatro días después.

Reanimados con esta noticia siguieron la marcha y llegaron el día señalado, al paraje denominado San Fernando.

Con los harapos que aún los cubrían, hicieron unas banderas que colocaron en las copas más altas de los árboles

de aquel solitario lugar. Un barco vió la señal, pero confundiéndolos con los indios, no se acercó a los míseros soldados y regresó a Corrientes con la novedad “de que una indiada estaba en la orilla opuesta, lista para asaltar el pueblo”.

El Gobernador Pedro Ferré, sospechando que se tratara, no de un malón, sino de los soldados correntinos de La-valle, envió una comisión con víveres, ropa y medicinas, la cual encontró y auxilió a los esforzados militares unitarios.

MUERTE DEL CHACHO

Después de su última derrota en la provincia de San Juan, regresaba a La Rioja el General Angel Vicente Peñaloza.

Había licenciado a sus soldados y sólo le acompañaban su esposa Victoria, y unos pocos de sus gauchos más leales, que rehusaban abandonarle.

En Loma Blanca (cerca de Olta, General Belgrano), se alojó en la casa de Anastasio Luna, con el evidente propósito de deponer las armas, dando fin a sus guerrillas de montonero.

Una tarde, llegó hasta su retiro una viejecita que había venido a pie, desde Chimenea para hablarle.

—Mi general, — dijo cuando estuvo en presencia del Chacho; — mañana llegarán Ricardo Vera y el coronel Irrazábal, comisionado del gobierno; traen orden de reducirlo a prisión, pero vienen a matarlo. Huya, sálvese, que los pobres lo necesitan.

El caudillo no creyó tal aviso, porque Vera era su oficial de confianza. Creyó más bien, que su informante le llevaba la noticia, esperando ganar una recompensa, y ordenó a su mujer que le diera dos pesos. La anciana rechazó el dinero y con lágrimas en los ojos, afirmaba la verdad de sus palabras, sosteniendo que sólo por salvarle había realizado a pie tan largo y penoso viaje.

El Chacho, incrédulo, valiente y enfermo, no pensó en huir, y allí lo venció, indefenso y desarmado, la traición.

Al día siguiente, en medio de una lluvia torrencial, bajaban la cuesta de Olta, Irrazábal y Vera, al frente de una partida de hombres armados.

Fácil les fué apoderarse de las autoridades de la Villa. Despues, a galope tendido, se dirigieron a Loma Blanca y rodearon la casa del Chacho.

Peñaloza, informado de la llegada de Vera, se sintió tranquilo y no salió a recibirlo por estar en cama.

La partida "armada hasta los dientes" entró en el corredor y adelantándose Irrazábal, preguntó a Vera dónde estaba el Chacho.

—¡Éste es!, — contestó el traidor, indicando a su antiguo jefe.

—¿Éste?, — comprobó el coronel, y a una señal suya, varios hombres penetraron en el rancho, y asesinaron con sus lanzas, en el lecho, al bravo riojano. Victoria, su valiente esposa, se arrojó sobre él como una leona, para defenderle, siendo también herida. Rojo de sangre quedó el viejo catre de algarrobo en el rancho humilde.

La bárbara noticia y el espectáculo horrendo de la cabeza del Chacho exhibida en una rústica pica en la plaza de Olta, llenaron de dolor a La Rioja entera.

La viuda del caudillo y los chachistas buscaron más tarde con afán, durante largo tiempo, el lugar donde fueron enterrados los restos del general, sin hallarlo jamás.

Diccionario Geográfico Argentino de Latzina da el suceso como ocurrido en Olta.

RABUÍAS Y APOLOGOS

EL SEMBRADOR, EL TIGRE Y EL ZORRO

Un viejo sembrador estaba arando, cuando se le apareció el tigre y le dijo:

—¿A que te como con bueyes y todo?

—No, señor tigre, cómo me va a comer, mi familia es pobre y necesita de mí y de mis bueyes.

—Te voy a comer lo mismo.

—No, señor, cómo me va a comer.

Estaban en *que te como* y *que no me coma*, cuando pasa por allí cerca un zorro, oye la discusión y se propone salvar al hombre. Se esconde detrás de unos poleos (1) espesos, y con voz muy gruesa y firme, le grita:

—Amigo, ¿no ha visto pasar por aquí al tigre? Lo ando buscando con doscientos perros para matarlo.

—Dile que no me has visto; si no, te como, — le dijo por lo bajo el tigre al hombre, creyendo que se trataba de un cazador de fieras. Dicho esto, se estiró largo a largo, y se quedó inmóvil.

—No, señor, no he visto al tigre desde hace mucho tiempo.

—¿Cómo que no lo ha visto, amigo, y qué es ese bulto que está cerca de Ud.?

(1) Poleo — *Lippia turbinata*, Griseb — Crece esta planta medicinal en las lomas y serranías de Córdoba, San Luis, Salta, Catamarca, Tucumán y Mendoza. Tiene un uso equivalente al del té.

—Dile que son porotos.

—Son porotos overos, señor, que tengo para sembrar.

—Si son porotos, póngalos dentro de esa bolsa que tiene ahí.

—Ponme en la bolsa.

El hombre embolsó al tigre lo más pronto que pudo, y le contestó:

—Ya está, señor.

—Átele, amigo, la boca a la bolsa con un lazo para que no se le vuelquen los porotos.

—Haz que me atas, pero deja abierta la bolsa, — le dijo el tigre al sembrador.

El hombre ató la boca de la bolsa lo mejor que pudo.

—Está muy esponjada esa bolsa, amigo, aplástela un poco con el ojo del hacha.

—Haz que me pegas, pero cuida de no tocarme.

El hombre tomó el hacha y le pegó al tigre en la cabeza hasta dejarlo muerto.

Así, la astucia del zorro salvó al hombre y venció la crueldad del tigre.

Redactamos esta fábula sobre las versiones recogidas por los Sres. Evaristo Gómez y Sra. Teresa C. de Pérez, en San Luis. Tene mos a la vista la variante enviada por la Srita. Berta Morales Valdez, de Salta; Sr. Domingo Orona, de La Rioja; Sr. Ernesto F. Quinteros, de San Juan; Srita. Dolores Sosa, de Catamarca; Srita. Clara M. Posse, de Tucumán.

EL ZORRO Y LA PERDIZ

El zorro estaba enamorado del silbo de la perdiz. Trataba de imitarlo en toda forma, pero sólo le salía un soplo ridículo, y en cuanto se descuidaba, se le escapaba su grosero ¡cuac!, ¡cuac!

Resolvió pedirle a ella misma que se lo enseñara. ¿Cómo haría, con el miedo que le tienen las perdices al zorro?

Un día se encontraron en un caminito del campo. La sorpresa de la perdiz, que ya se veía en los dientes del zorro, fué grande cuando oyó que le decía:

—Comadrita, ¡qué bien silba Ud.! ¿Cómo podría hacer yo para aprender su silbido?

—Puede coserse la boca, compadre, — le contestó tímidamente.

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario. ¿No podría hacerme el favor de cosérmela Ud. misma?

—Trataré de complacerlo, compadre.

La perdiz, aunque llena de desconfianza, se sacó una pluma del ala, y con unas raíces muy fuertes le fué cosiendo la boca. El zorro soportaba, feliz, el sacrificio.

Cuando le quedó un agujerito muy pequeño, la perdiz le hizo probar. Le salió un silbo bastante fino que lo puso muy contento.

—Compadre, debe ensayar así muchas veces al día hasta que le salga en forma perfecta, — le aconsejó la perdiz. — A mí me costó mucho aprenderlo.

El zorro, que no podía hablar, asintió con la cabeza.

Ya se despedían, cuando de pronto, la perdiz, como suele hacerlo, voló con su vuelo pesado y pasó rozando la cabeza del zorro. Éste no pudo con su instinto; sin querer hizo su natural movimiento de abrir la boca para atraparla, y se le rasgó de oreja a oreja.

El pobre zorro no sólo perdió su única oportunidad de aprender a silbar, sino que, por mucho tiempo, no pudo comer perdices.

Esta es una de las fábulas que tiene mayor difusión en la Argentina. Entre otros, la han recogido los maestros: Srta. Ofelia Nicolle, de Córdoba; Sr. Isaac Agüero Quinteros y Martín Acevedo, Srtas. María A. Figueira, Sres. Martín Acevedo, Francisco A. Vildoza, Alberto Herrera, de Catamarca; Sra. Salvaria I. de Barraza y Srta. Braulia Arias Ruiz, de Santiago del Estero; Srta. María Magdalena Dulce, Rosario Santillán y Sr. Antonio Correa, de Tucumán; Sra. María Elena R. de Campos y Srta. Laura Molina, de Salta; Sra. Elvira E. de González y Sr. Abdón Castro Tobay, de Jujuy.

EL TIGRE Y EL ZORRO

El zorro se presentó un día en la casa de una pareja de tigres y se hizo pasar por un sobrino que venía desde lejos a visitarlos. Fué recibido y hospedado como pariente.

Los tíos lo trataban muy bien, pero eran tan avaros, que si el pobre zorro pasaba hambre cuando vagaba por los campos, no lo sufría menos en familia.

Un día el tío y el sobrino fueron a buscar una buena res a la orilla del arroyo. El zorro trepó a un árbol para anunciar las presas posibles, y el tigre se escondió para cazar cómodamente.

—Allá viene una majada de cabras con unos cabritos gordos, — dijo el zorro, pensando que uno de estos últimos le podía tocar a él.

—No me gusta la carne con pelos largos, — dijo el tigre.

Las dejaron pasar.

—Allá viene una majada de ovejas con unos corderitos que están como para chuparse los dedos.

—No me gusta la carne con lana.

Pasaron también.

—Allá viene una tropilla de potros.

—No me gusta la carne hedionda.

La tropilla siguió sin ser molestada.

—Allá viene una tropa de vacas.

—Esa carne me gusta, — dijo por fin el tigre y, en cuanto llegaron, saltó sobre una vaquillona gorda y la mató.

Mientras el tigre la carneaba, el sobrino le ayudaba en lo que podía.

Sentía tanta hambre el zorro, que comenzó a pedir algo para comer, pero el tigre se lo negaba.

—¿Tío tigre, por qué no me da un pedazo de *matambre* para asar?

—No, ésa es la achura (1) de tu tía *tigra* (2).

—¿Me da los ojos, entonces?

—No, los ojos son para cuentas del collar de tu tía *tigra*.

—Deme la panza, que es *puerquita*. (3)

—No, la panza es para mate de tu tía *tigra*.

—Deme las tripas.

—No, las tripas son para bombilla de tu tía *tigra*.

—Me podría dar el guano, siquiera.

—No, el guano es para yerba del mate de tu tía *tigra*.

—Pero, tío tigre, Ud. nunca me da nada, deme por lo menos la vejiga.

—Te la daré, pero la vejiga era para tabaquera de tu tía *tigra*.

El zorro lavó la vejiga en el arroyo y comenzó a soplarla a modo de globo, como suelen hacerlo los niños campesinos.

Luego el tigre cargó al sobrino con un espléndido costillar, y le dijo:

—Llévalo a tu tía *tigra*. Dile que lo ase al asador y que me espere a comer. En cuanto termine de carnear, iré.

El zorro llegó a la casa y le dijo a la tigre:

(1) Aparte de la significación que trae el Diccionario de la Academia, tiene el de "parte de la res que cada persona prefiere".

(2) Arcaísmo que aun persiste en el habla rural argentina.

(3) "Sucia".

—Tía, manda decir mi tío que ase este costillar y me lo sirva en cuanto esté.

La tigre lo hizo así, y el zorro se comió todo el asado. Como sabía lo que le esperaba, huyó al campo.

Cuando llegó el tigre cansado, y se encontró sin su almuerzo, se enojó tanto que salió a buscar al zorro para matarlo.

Se escondió en la bajada del arroyo, por donde forzadamente debía arrimarse a beber.

Llegó el zorro, y como sospechara que podía esperarlo allí su tío, desde lejos, dijo:

—Agüita, ¿te dejas beber?

—Sí, puedes beberme, — contestó el tigre desfigurando la voz.

—Agüita que habla no bebo yo, — dijo el zorro y echó a correr.

Al día siguiente, el tigre se escondió allí mismo dispuesto a no hablar. Como había aguardado mucho, le dió sueño, y se acostó a dormir en medio del camino.

El zorro, que se aproximaba *en punta de uñas*, lo vió y, como no podía pasar, resolvió darle una broma. Llenó con piedrecitas la vejiga de la vaquillona, que ya estaba medio seca, y se la ató a la cola del tigre. Se escondió entre unos juncos y desde allí observó.

Al rato, el tigre movió la cola, y se asustó tanto del ruido que las piedras producían dentro del pellejo, que huyó desesperado, creyendo que se trataba de algún cazaror que con sus perros lo perseguía.

El zorro bajó al arroyo y bebió.

El tigre iba ya muy lejos, cuando una rama rompió la vejiga, y comprendió entonces, que se trataba de una

broma del zorro. Furioso, se volvió jurando no dejarlo con vida.

Al otro día se escondió nuevamente en la bajada del arroyo.

Llegó el zorro y preguntó:

—Agüita, ¿te dejas beber? — y como nadie contestaba bajó al agua.

El tigre le saltó encima, pero el zorro alcanzó a meterse en una cueva que había en la barranca. El tigre metió la mano y consiguió asirlo de la cola.

El susto tremendo no le hizo perder el tino al zorro que comenzó a gritar:

—¡Tire, tío tigre, que es una mata de paja! ¡Tire, tío tigre, que es una mata de paja!

La abundante cola peluda del zorro le pareció al tigre que era una mata de paja y la soltó.

El zorro se deslizó cueva adentro y desde allá, riéndose a carcajadas, le decía:

—¡Bah, que había sido tonto mi tío! Era mi cola la que tiraba. ¡Que la inocencia le valga!

El tigre, cada vez más furioso, le aseguró que no saldría de allí con vida, y se echó en la puerta de la cueva. Estuvo así casi todo el día. Cansado, llamó a un carancho (1), lo dejó de centinela y se fué a comer.

El zorro trató repetidas veces de entrar en amistad con su cuidador, pero el carancho había tomado tan en serio su papel que no lo atendía. Tanto insistió el zorro y tanto se aburrió el carancho, que comenzaron a conversar. Cuando tomaron cierta confianza, el zorro le propuso que ju-

(1) Carancho — *Polyborus tharus* — También se llama caracará. Vive desde la región del Amazona hasta Tierra del Fuego.

garan a quién permanecía más tiempo con los ojos muy abiertos y fijos. Jugaron un rato, y una de las veces en que le tocó al carancho abrir los ojos, el zorro se los tapó con un puñado de tierra y huyó.

El zorro, con su ingenio, burló el poder del tigre y castigó su avaricia.

Redactamos esta narración sobre las versiones enviadas por los maestros: Sr. Francisco J. Cabrera, de Entre Ríos; Sr. Luis Jerónimo Lucero y Srita. María Rosa Sarmiento, de San Luis; Srita. Rosa Azcoaga, de Tucumán; Sr. Sergio Lascano, de Santiago del Estero; Srita. Manuela B. López, de La Rioja; Sr. Pedro C. Funes, de Catamarca; Srtas. Juana Rosa Villarreal, Sr. Ramón Juárez Fernández y Srita. Zenona J. Almirón, de Tucumán.

EL ZORRO Y EL QUIRQUINCHO

Un día hicieron una sociedad el zorro y el quirquincho (1). El zorro dió su chacra (2) al quirquincho para que la sembrara a medias.

Como el quirquincho tiene fama de ser poco inteligente, pensó el zorro que se aprovecharía de su trabajo, y le dijo:

—Este año, compadre, será para mí todo lo que den las plantas arriba de la tierra y para Ud. lo que den abajo.

—Bien, compadre, — contestó el sembrador.

El quirquincho sembró papas. Tuvo una magnífica cosecha y al zorro le tocó una cantidad de hojas inservibles.

Al año siguiente, el zorro molesto por el mal negocio, dijo a su amigo:

—Este año, compadre, como es justo, será para mí lo que den las plantas bajo tierra y para Ud. lo que den arriba.

—Bien, compadre, será como Ud. dice.

El quirquincho sembró trigo. Llenó su granero de espinas, y al pobre zorro le tocó una cantidad de raíces inútiles.

(1) Quirquincho — *Dasyurus sexcinctus* — Llámase también peludo y piche. Quirquincho es el nombre quichua, con el que se lo conoce en la región central y norteña.

(2) En la región central la voz quichua *chacra*, significa “lugar cerrado para sembrar”.

No me dejaré burlar más, pensó para sus adentros, y le dijo al compadre:

—Este año, ya que Ud. ha sido tan afortunado con las cosechas anteriores, será para mí lo que den las plantas arriba y bajo la tierra. Para Ud. será lo que den en el medio.

—Bien, compadre, ya sabe que respeto su opinión.

El quirquincho sembró maíz. Sus graneros se llenaron nuevamente de magníficas espigas y al zorro le correspondieron las flores y las raíces del maizal.

El zorro tuvo que vivir en la última miseria. Ese fué el castigo a su mala fe.

Redactamos esta fábula sobre la versión recogida por nosotros en San Luis. Tenemos a la vista la variante enviada por la Sra. Guaraz, de La Rioja. Es también popular en Salta.

EL ZORRO JUEZ

Un día se le apretó al tigre una mano entre unas peñas, en tal forma, que por sus propios medios no podía sacarla.

Pasó por allí cerca un caballo, y el tigre lo llamó y le pidió con toda humildad que lo ayudara.

—No, — le dijo el caballo, — yo te conozco, tú eres capaz de comerme después que te haga el favor de libertarte.

—Te juro, hermano, que no lo haré; no me niegues tu apoyo en este trance; son muy grandes mi humillación y mi dolor.

—Así lo haré, pero no olvides tu juramento.

Diciendo estas palabras, el caballo levantó la peña con gran esfuerzo y el tigre quedó libre.

Siguieron juntos por un sendero del campo. Conversaban amistosamente, cuando el tigre se le plantó delante al caballo y le dijo:

—Hace tres días que estoy sin comer y mi estómago no da más; por fuerza tengo que comerte.

—¿Y ése es el modo de agradecerme y de cumplir tu palabra?

—No tengo más remedio que comerte.

—Esto no puede ser así, recurriremos a un juez.

En ese momento apareció un zorro, y el caballo le gritó:

—Oiga, señor, ¿usted no es juez?

—Sí, señor, lo soy desde hace mucho tiempo.

—Entonces, nos tendrá que resolver esta cuestión.

Le expusieron con detalles el caso y cada uno presentó sus razones.

—No entiendo cabalmente el suceso, — dijo el zorro después de reflexionar un rato. — Para dar mi fallo, necesito ir al lugar del hecho y ver cómo estaba este señor.

Fueron allí, el tigre puso su mano en el sitio en que la tenía y el caballo le colocó encima la piedra que la apretaba.

—Muy bien, — dijo el zorro, dirigiéndose al tigre. — Mi fallo es que te corresponde quedar ahí y morir preso, por no saber cumplir la palabra empeñada ni agradecer los favores recibidos.

Pronunciada la sentencia, se marcharon el zorro y el caballo. Dejaron al tigre con la mano apretada, dando tremidos rugidos de dolor y de vergüenza.

Redactamos esta fábula sobre la recogida por la Srta. Mercedes Berrondo, en Catamarca. Han enviado variantes, la Sra. Salvaria I. de Barraza y la Srta. Braulia Arias Ruiz, de Santiago del Estero; Sr. Rosario Gil, de Salta; Sr. José M. Delgado, de Tucumán; Sr. Alvano U. Gallardo, de Entre Ríos.

LA MULA Y EL TIGRE

Una noche, en un claro del *monte* (1), la mula y el tigre discutían sobre cuál de los dos podía manejarse mejor en la oscuridad.

Hicieron algunas apuestas.

En una de éas se sacudió el tigre, y los dos gritaron: ¡un pelo!, ¡un pelo!

—Yo lo vi, — dijo el tigre.

—Yo le *sentí* (2) el tropel, — replicó la mula.

El ojo del tigre había descubierto el pelo que volaba en la oscuridad, pero el oído de la mula lo había reconocido por la vibración que producía en el aire.

Nadie debe despreciar las cualidades ajenas: pueden ser tan buenas como las propias.

(1) Monte, “bosque” — Arcaísmo que se conserva en la Argentina.

(2) Sentir por oír, muy usado en el habla rural.

Redactamos esta fábula sobre las versiones enviadas por la Sra. Sofía Z. P. de Díaz, de La Rioja, el Sr. Isaac Agüero Quinteros, de Catamarca.

LAS MANCHAS DEL SAPO

Las aves fueron invitadas a un gran baile que se daba en el cielo. El sapo se enteró de la noticia y no sabía cómo hacer para asistir.

El águila, que era cantora y guitarrera, iría seguramente con su instrumento, y el sapo resolvió esconderse en la caja de la guitarra.

Todas las aves, muy coquetas y arregladas, llegaron al cielo y comenzaron a sentarse a la mesa del banquete. Llegó el águila con su guitarra a la espalda, la dejó a un lado y buscó su lugar.

Al rato salió el sapo y se presentó entre los invitados. Para todos fué una gran sorpresa ver aparecer aquel caballero. No se explicaban cómo había podido subir hasta esas regiones.

Para colmo de sus males, en medio de la reunión, se dió vuelta y escupió, descuidadamente, con tan mala suerte, que le tapó un ojo al colcol (1), quien se enojó y protestó en público por la mala educación del mozo.

La fiesta fué espléndida. Los concurrentes bailaron y se divirtieron muchísimo.

Cuando llegó el momento de regresar, fueron grandes los apuros del sapo para esconderse otra vez en la guitarra.

(1) Colcol — En la región central, *colcón*. Un buho — *syrix ru-*
tipes. King.

Todos estaban atentos y lo vigilaban para descubrirlo.

El águila advirtió la maniobra y se propuso castigarlo. Se puso la guitarra volcada, de modo que, en cuanto comenzó a volar hacia la tierra, cayó el sapo desde muy alto.

Caía sobre un pedregal y el pobre gritaba: ¡Pongan colchones!, ¡pongan colchones que voy a partir las piedras! — pero nadie le hizo caso.

El golpe fué terrible y el cuerpo se le llenó de heridas. Las cicatrices son las manchas que han quedado para siempre en la piel del sapo.

Esta fábula es conocida desde la región central hasta el norte; así lo afirman las versiones enviadas por los maestros: Sra. Francisca de Lagas, de Córdoba; Sra. Mercedes Berrondo y Sr. Isaac Agüero Quinteros, de Catamarca; Sra. Elvira Elisa Lafuente, de Salta; Sra. Catalina Sosa y Sr. Antonio Correa, de Tucumán; Sra. María Uñales, de Sgo. del Estero; Sra. Ercilia E. Deloro, de Buenos Aires.

También se conoce en San Luis.

ANECDOTAS

EL RELOJ DE LAVALLE

El Mayor Juan Lavalle peleaba en el ejército del Alto Perú, a las órdenes del General Arenales.

Lavalle, que carecía de reloj y de recursos para comprarlo, resolvió valerse de una pequeña astucia para que sus compañeros de armas creyeran que poseía uno, y de buena marcha.

Colgó en su chaleco una cadena, en uno de cuyos extremos ató una bala de fusil, la cual iba oculta en el bolsillo. Cuando los oficiales advirtieron la picardía, se la contaron alegremente al General, quien pensó hacer a Lavalle una pequeña broma a ese respecto.

Cierto día se acercó a él y, en tono serio, le dijo: — Mayor, ¿qué hora es?

Lavalle fingió no oírle y Arenales repitió la pregunta.

Entonces el bravo oficial, sacando la bala del bolsillo y mostrándola a su jefe, contestó: — General, mi reloj no tiene hora, porque para pelear por la patria y morir por ella, si fuera necesario, la espada del Mayor Lavalle a cualquier hora está lista.

Cinco días después el General Arenales regaló a su altivo oficial un hermoso reloj de oro y Lavalle lo lucía, orgulloso y feliz, al ver realizado uno de sus deseos más fervientes: poseer un reloj.

OFICIOS CRIOLLOS

El coronel Sandes, que venía en persecución del Chacho, llegó a un pueblo de La Rioja.

Buscaba *baquianos* y *rastreadores* para seguirle, pero los riojanos, que eran casi todos *chachistas*, no querían servirle.

Por esta circunstancia y para aumentar sus fuerzas, tuvo que recurrir a la leva, exceptuando del servicio solamente a los hombres que tuvieran un oficio.

Cuando estuvieron reunidos los paisanos en la plaza del pueblo, Sandes ordenó:

—Los que tengan un oficio, den dos pasos al frente.

Los reclutas, que habían comprendido el significado de la orden, dieron todos los dos pasos.

Muy admirado quedó Sandes al comprobar la gran cantidad de artesanos que había en un pueblo tan pobre, e intrigado resolvió interrogarles acerca de sus respectivos oficios.

El primero contestó:

—*Colmenero*, mi coronel.

Sandes, no sabiendo en qué consistía tal oficio, le hizo a un lado.

El segundo declaró ser *platero*, y el tercero *cochero*, (en el pueblo no había coches) y así hasta el último fueron denunciando sus oficios, pero ninguno era *rastreador*.

Después se dirigió Sandes al primero que había interrogado y le preguntó en qué consistía su trabajo de *colmenero*. Contestó el hombre que en extraer miel de los panales.

Luego dijo al *platero* si era capaz de hacerle unas espuelas de plata, y le respondió que no, porque su oficio consistía en hacer *platos de palo*.

Al *cochero* le preguntó dónde tenía el coche; y éste contestó que era *cochero* porque hacía *cocho* (harina de maíz mezclada con harina de algarroba).

Los oficios restantes resultaron ser como los anteriores.

Todos fueron incorporados a la tropa de Sandes, a quien hizo mucha gracia la astucia con que los riojanos intentaron burlar su bando.

HISTORICO CONTRAPUNTO

En el combate de Puente de Márquez se midieron las fuerzas unitarias del general Lavalle con las federales del general Estanislao López, quien salió victorioso.

Después del triunfo, López, conciliador, envió a Lavalle un emisario, ofreciéndole deponer las armas, previa la promesa de Lavalle de organizar la República bajo el sistema federal.

Fué elegido para desempeñar esta difícil misión, el gobernador de Santa Fe don Domingo de Oro; éste llevaba como edecán al teniente Yuspe.

Yuspe, serio y reposado, era hombre de la confianza de López. Se le consideraba como el más bravo de los jefes federales en el combate, y como el mejor guitarrero en el cuartel.

Cuando llegaron al campamento de Lavalle, Oro se encerró a conferenciar con éste, mientras afuera su edecán hacía rueda con los oficiales unitarios.

Un joven oficial de Lavalle interpretó con ligereza la actitud grave y reposada de Yuspe y, creyéndolo corto de genio, resolvió hacerle una broma.

Tomó la guitarra, como al descuido, y cantó:

López, Rosas y Quiroga
y el fraile San Juan Bautista
se están perdiendo de vista

porque ya no están en boga;
y aquel “cierto olor a soga”
les causa serios temores.

“Humilde y glorioso Antonio
rogad por los pecadores”.

El cantor, al decir “cierto olor a soga”, repetía un desplante de López, quien había pronunciado estas palabras en el momento decisivo de la batalla.

El oficial terminó su canción en medio de las ruidosas carcajadas de los unitarios.

Yuspe, serio y paciente, pidió la guitarra y, después de templar las cuerdas, cantó:

López, Rosas y Quiroga
y el fraile San Juan Bautista
se están poniendo a la vista
porque van entrando en boga;
y “aquel cierto olor a soga”
causa mal a los sicarios.
“Humilde y divino Antonio
rogad por los unitarios”.

La oportuna respuesta fué recibida con un estruendoso aplauso de todos los oficiales.

Yuspe dejó la guitarra y volvió a reconcentrarse en sí mismo, esperando que saliese Oro.

LA SARGENTO CATARRO

En la batalla de Pozo de Vargas, se lucieron como bravos dos hermanos catamarqueños, apodados en la compañía “Los Catarros”.

Participaba de la vida del cuartel, juntamente con ellos, una hermanita joven y humilde, que les acompañaba a todas partes.

Durante la pelea en Pozo de Vargas, iba y venía llevando las caramañolas con agua, mientras silbaban las balas sobre su cabeza.

Al terminar la pelea, la jovencita, cuya heroica conducta despertó la admiración de todos, fué llamada por el teniente Rosales, jefe de la compañía, quien le preguntó:

—¿No has tenido miedo?

—No, teniente, — contestó la niña — mirando pelear a mis hermanos y dándoles ánimo, me olvidé del peligro.

El teniente Rosales, conmovido, citó el nombre de la heroica niña en “la orden del día”, y solicitó la nombraseen Sargento de la compañía.

Días después, paseaban alegres por las calles de Catamarca dos jóvenes soldados, acompañados por una muchachita que lucía sobre su vestido nuevo, las insignias de Sargento. Eran, la “Sargento Catarro” y sus dos hermanos.

CUENTOS ANIMALISTICOS

EL CHAJA

Dos muchachas lavaban ropa en un río. En las piedras lisas de la orilla refregaban y tundían las piezas. Sobre la corriente clara blanqueaba la espuma del jabón casero.

Dos caminantes, al parecer rendidos de cansancio, se acercaron y les pidieron agua para beber. Las muchachas desalmadas, en vez de agua les dieron espuma de jabón.

Los hombres bebieron, y al devolverles las vasijas, uno de ellos les dijo:

—Que vuestros actos y palabras sean como la espuma.

Las muchachas no comprendieron aquella sentencia, y festejaron animadamente su broma maligna.

Cuando terminaron la tarea, una dijo a la otra, en guaraní, su lengua familiar: —¡Yajá! (1), y en el acto se transformaron en aves y salieron volando. Los viajeros eran Jesús y San Pedro que recorrían el mundo para probar la caridad de los hombres, y que así las castigaban.

Esa es la causa por la que el chajá (2) suele volar en pareja, anda con nerviosidad exagerada y alarma constantemente con sus gritos, que repiten aquella invitación al regreso:

(1) *Yajá* “vamos” - Puede ser éste el origen de la palabra *chajá*. Las dos voces coinciden con la onomatopeya del grito.

En Corrientes la gente del pueblo habla aún el guaraní; también gran parte de los campesinos de Misiones, Chaco y Formosa.

(2) *Chajá* — chauna toruguata (O. Ken).

¡yajá!, ¡yajá! Los paisanos dicen que, hasta en su cuerpo enjuto, cubierto por un plumaje abundante, se ha cumplido el designio de los Santos, y que es exacto el dicho popular que reza: "Pura espuma, como el chajá".

Redactamos este cuento animalístico sobre las versiones enviadas por los maestros: Sr. Jesús Alberto Aguilera, de Buenos Aires; Srtá. Mercedes Cáceres, de San Juan; Sra. Rosario del A. de González, de Corrientes; Sra. Angela Andriani de Deloro, Srtas. María C. Coronel Romero, G. Otilia Martínez y Ofelia Meza Benítez, del Chaco.

EL CHINGOLO

Había una vez un hombre muy forzudo, pero muy jactancioso.

Una vez pasó por el lugar donde se construía un templo de anchos muros y fuertes columnas. Al verlo dijo, lleno de soberbia:

—¡Gran cosa es esto, soy capaz de echarlo al suelo de una patada! — Y así lo hizo, festejando su atrevimiento a carcajadas.

El juez mandó prenderlo y engrillarlo, y de este modo lo condujeron a la cárcel. El castigo de Dios fué más severo que el de los hombres. Por su vanidad y por su profanación fué convertido en chingolo (1).

Por eso este pajarito conserva su bonete de presidiario, anda siempre nervioso, y como aún lleva puestos los grillos, sólo puede caminar a saltitos.

(1) Chingolo — *Zonotrichia capensis* — Se le llama también *Chuschin* en parte de la región andina y en la norteña.

Consultamos las versiones enviadas por los maestros: Sra. Hermenegilda O. de Gallardo, y Srta. María Almazón, de San Juan y Sr. Luis Jerónimo Lucero, de San Luis.

EL URUTAU

Había una vez una joven tan amiga de divertirse, que todo lo olvidaba por una hora de entretenimiento.

Un día, mientras bailaba en una gran fiesta de la comarca, le avisaron que su madre estaba muy enferma y mandaba por ella.

La muchacha se sobresaltó con la noticia, pero, como estaba acostumbrada a no privarse de ninguna diversión, el gusto pudo más que su deber de hija, y se quedó hasta el fin.

Cuando volvió a su casa, la madre había muerto. La muchacha la lloró a todas horas sin consuelo, y la Providencia castigó su culpa convirtiéndola en un ave de aspecto raro y siniestro: es el urutaú (1), que huye de toda presencia y vaga solitario. En la obscuridad de la noche, y en el silencio de la selva, llora y llorará siempre con su grito extraño y lastimero.

(1) El *urutaú* o *cacuy* - *Nictibus griseus*.

Urutaú se llama en la región del N. E. argentino y *cacuy* en la del N. O. *Urutaú* es nombre guaraní; las etimologías propuestas por algunos autores no son claras.

El *urutaú* inspiró a Guido Spano su famosa *Nenia*.

Redactamos este cuento animalístico sobre las versiones enviadas por los Sres. Jesús Alberto Aguilera, de Buenos Aires; Sr. L. A. Antonini, de Entre Ríos; Sra. Angela Andriani de Delro, y María B. D. de Conto, del Chaco.

EL QUIRQUINCHO

El quirquincho (1) fué un tejedor tan hábil como haragán.

Una vez, como llegaba el invierno y no tenía con qué abrigarse, decidió tejerse un poncho.

Preparó la *urdiembre* (2) en su telar de palos (3) y comenzó a tejer con su maestría de siempre. La tela salía fina, apretada, flexible. Sería seguramente su obra maestra; él lo comprendía, y la miraba con orgullo. A los dos días de trabajo firme y entusiasta, la pereza lo dominó y descuidó el tejido. No sólo iba quedando floja y desprolija la trama, sino que, para terminar pronto, agregó hilos gruesos y groseramente retorcidos.

Con el tejido burdo aligeró el trabajo y ganó tiempo. Pronto estuvo la tela casi terminada. Antes de sacarla, el tejedor tuvo un remordimiento de conciencia, y volvió a tejer apretadamente y a manejar con prolijidad los hilos; pero la *lista* (4) delicada contrastó visiblemente con el resto de la prenda basta.

Cuando para castigar su haraganería y falta de prolijidad Dios lo convirtió en animal, el quirquincho llevaba puesto

(1) *Quirquincho*, también *peludo*.

(2) *Urdiembre* es la palabra que usa el pueblo en el interior. *Urdimiento* pertenece al lenguaje del culto.

(3) El telar criollo, primitivo.

(4) *Lista* - "franja".

su poncho ridículo, que se endureció en forma de caparazón. Las placas pequeñas y apretadas de los extremos contrastan con las grandes y desiguales del medio.

Las tejedoras comarcanas, que conocen la historia del quirquincho, ponen todo su amor y su celo en las hermosas mantas criollas que trabajan.

Consultamos las versiones recogidas por los maestros: Sra. Ana Albertina Aparicio, de Jujuy y Sr. Luis J. Lucero, de San Luis.

LA URRACA

Había una vez una costurera ladrona, coqueta y orgullosa. Tenía la costumbre de quedarse con parte de las ricas telas que le traían para su trabajo. Así se vestía lujosamente y cambiaba de trajes muy a menudo.

Un día fué una mujer muy pobre para que le hiciera un vestido de dos colores, azul y amarillo. La costurera le pidió, como de costumbre, que comprara más cantidad de tela de la que necesitaba. A pesar de que el gasto era grande, la mujer cumplió con sacrificio sus indicaciones. Con los retazos que le quedaron, la costurera pudo hacerse un precioso vestido azul, de pechera amarilla, y llena de vanidad lo lució en una fiesta.

Pero aquella mujer pobre, que era la Virgen, para castigarla le hizo perder su forma humana y la convirtió en urraca (1). Aún lleva el ave el traje de dos colores que la delató, y sigue siendo, como entonces, ladrona, coqueta y orgullosa.

(1) *Urraca* - Guira guira.

Redactado sobre la versión enviada por la Sra. María Amelia R. de Martín, de Salta.

LA IGUANA

La iguana tiene su historia.

Era una mujer pobre y haragana que tenía como único abrigo para el invierno una frazada rota.

Por las noches tiritando de frío decía: "Mañana coseré mi frazada". Al día siguiente salía con su cobija, y como le parecía que el sol calentaba bien, pensaba que no era tan urgente arreglar su prenda, y se entregaba al sueño tranquilamente.

Esto sucedía todos los días hasta que la frazada se des-
trozó por completo y su dueña tuvo que ir durante la
noche a buscar abrigo en las cuevas de los animales. Dios,
al comprobar su haraganería, la convirtió en el feo reptil
cuya piel recuerda la frazada sucia y rota.

EL CACUY

Eran dos hermanos huérfanos, un varón y una mujer, que vivían solos en el monte.

Caco, que era el nombre familiar del muchacho, cuidaba su majadita de cabras, cazaba, buscaba miel y juntaba algarroba y otras frutas silvestres en el bosque. Con esto tenían lo suficiente para vivir. La niña cuidaba la casa y preparaba la comida.

Los dos hermanos eran de condición opuesta: él, generoso; ella, mezquina. Con la vida libre del campo crecían a la vez la bondad del muchacho y la ruindad de la niña.

El desapego que la muchacha tuvo siempre para con su hermano se convirtió en provocación. Amasaba el pan y preparaba la comida para ella sola. Cuando el hermano regresaba después de todo un día de andanzas y fatigas, no tenía qué comer. Cuando él lo llevaba todo con resignación, ella inventaba pretextos para herirlo y hacerlo sufrir. Tomó el hábito de mortificarlo y no disimulaba su satisfacción cuando lo conseguía.

El hermano trató por todos los medios de cambiar el carácter y los sentimientos de la hermana, pero no lo consiguió. Agotadas su bondad y su paciencia, y amargado por su vida, resolvió darle un castigo tan grande como su残酷.

Un día le pidió que le ayudara a sacar de un árbol muy alto un panal que acababa de descubrir. Ella era muy afi-

cionada a la miel, y aceptó. Cruzaron el bosque y treparon a un árbol gigantesco. Cuando llegaron a la copa, se cubrieron la cabeza para evitar el aguijón de las abejas. La niña se sentó en una horqueta y esperó las órdenes del hermano que debía buscar el panal. El muchacho fingió abrirse paso entre el ramaje hacia el enjambre, pero bajó, y al bajar fué cortando uno a uno todos los gajos del tronco.

—¡Sabrás, ahora, lo que es tener hambre! — le gritó desde abajo.

La niña se desembozó y vió el tronco desgajado y altísimo. Rompió a llorar y le pidió al hermano que la bajara; le prometió que sería buena, que cumpliría sus órdenes y lo ayudaría; pero él no se blandió, y marchándose la dejó abandonada.

En su desesperación, la muchacha lo llamó por su nombre tantas veces como le alcanzó la voz:

—¡Caco, huy! ¡Caco, huy! ¡Cacuy! ¡Cacuy!... (1)

Cuando cayó la noche sobre el bosque, su grito de horror y de arrepentimiento se hacía cada vez más lastimero; pero nadie podía oírlo; su hermano estaba ya muy lejos.

Sobre aquel castigo cayó otro castigo superior: la hermana cruel se transformó en ave y echó a volar en busca del hermano. Desde entonces, cuando llega la noche, con la cabeza tendida hacia la altura, los ojos cerrados y en rara actitud de espera, llama angustiada al hermano que nunca volverá: ¡Cacuy!... ¡Cacuy!... ¡Cacuy!...

(1) Voz onomatopéyica.

Cacuy o *urutaú* - *Nictibus griseus cornutus* (Veillot). Ave nocturna. Habita Panamá, Centro y Sudamérica. En la Argentina, el Norte y Nordeste. Es singular por su aspecto, por su vida nocturna y oculta y por su raro grito.

Los lugareños de los cerros y las selvas del norte, que conocen la historia del ave solitaria y huraña, se estremecen al oírla.

Redactamos este cuento animalístico sobre la versión recogida en Salta por la Srita. Irene F. Goytía. Tenemos a la vista las variantes enviadas por los maestros: Srita. Amalia Dávila, Sr. Domingo Orona, y Sra. Carmen H. de Calderón, de La Rioja; Sras. Paula Ibarra de Coronel, Leonor C. de Cejas, Natalia Lizárraga de Terrera, y Srtas. Rosa B. Barraza, Eugenia Salvatierra y Clementina Dorado, de Santiago del Estero; Sra. Carmen H. de Calderón y Srita. Rosario Santillán, de Tucumán; Sra. Felipa Sosa de Moreno y Dalmira W. de Orellano, de Salta; Sras. Francisca M. de Martínez, María E. A. de Sánchez y Srita. Josefina Villacorta, de Catamarca; Sra. Luisa E. L. de Dufour y Sr. Antonio Castellano, del Chaco; Sra. Cástula S. Gómez y Rosa Pepe, de Entre Ríos.

EL CRESPÍN

Era un matrimonio de campesinos que vivía de la labranza de una pequeña heredad. El marido se llamaba Crespín: era laborioso y apegado a la vida simple y sobria de la casa. La mujer, en cambio, era haragana, despreocupada, y sobre todo, amiga de los bailes y de las bebidas. Mientras el uno vivía contento con su tarea y con su suerte, la otra, siempre malhumorada y triste, le amargaba los días.

Un año en que la cosecha era más abundante que nunca, Crespín segaba su trigo. Bajo el sol del verano, trabajaba más horas de las que puede resistir un hombre. Debía hacerlo todo solo. Su mujer no era capaz de atar una gallivilla.

Un día enfermó. La mujer tuvo que ir al pueblo cercano, para traerle algunos remedios. El le recomendó que volviera cuanto antes: necesitaba sanar pronto para terminar la siega y comenzar la trilla.

La mujer marchó hacia el pueblo. En uno de los ranchos que encontró en el camino, estaban de fiesta. Llegó sólo para descansar un rato, pero, poco a poco, se fué dejando ganar por la alegría, y comenzó a beber, a cantar y a bailar. La aloja (1), las vidalas (2), los gatos y las zambas (3) despertaron en ella su afición de siempre.

(1) Bebida fermentada de la algarroba, que se toma en parte de la región andina y en la norteña.

(2) Una de nuestras canciones más originales.

(3) El gato y la zamba, son, de nuestras danzas populares argentinas, las que aún se conservan vivas en casi todo el interior.

Cuando más entretenida estaba, vinieron a llamarla: Crespín se había agravado. —Déjenlo, — dijo ella, — la vida es corta para divertirse y larga para sentir, — y se quedó. Al día siguiente volvieron para decirle que Crespín estaba moribundo. Ella contestó como la primera vez, y siguió bailando. Cuando le anunciaron que Crespín había muerto, dijo: —La vida es corta para divertirse y larga para llorar. Y siguió divirtiéndose, como si nada hubiera sucedido.

Unos vecinos piadosos velaron y enterraron a Crespín.

Cuando la mujer regresó a su casa, se encontró en la más horrible soledad. Comprendió su desgracia, y su arrepentimiento la torturó sin tregua. Lloró y llamó por todos los rincones de la casa, y llorando y llamando cruzó el trigal y salió al campo. Días y noches, los pastores y campberos la oyeron llamar a Crespín hacia todos los rumbos.

Enloquecida de dolor, pidió a Dios que le diera alas para seguir su búsqueda, y se convirtió en ave. Desde entonces, fué el pájaro horaño y solitario que en la época de la siega llama al compañero, con su silbo tristísimo: ¡Crespín!... ¡Crespín!... ¡Crespín!... (1).

(1) Voz onomatopéyica del crespín.

Crespín o *Crispin* - *Diplopterus naevius* - Este pájaro horaño habita desde Méjico hasta Buenos Aires.

(1) Este cuento animalístico es el que tiene mayor extensión en la Argentina y el que se encuentra con más frecuencia en la tradición oral. Tiene algunas variantes. Damos aquí la versión más común y hemos consultado entre otras, las recogidas por los maestros: Sra. Alcira A. de Undiano y Sr. Héctor Ugarte, de Jujuy; Sra. María Amelia R. de Martín y Srtas. Irene F. Goytea y Sofía Gómez, de Salta; Srt. Sara R. Covera, Angela del Carlo, Sr. Justino Fernández, Srt. Rosario Santillán, Sra. Delfina S. de Gauna, Sra. Cleofé Romero de Roldán, Srt. María Eva Díaz, de Tucumán; Sras. María A. de Correa, Amalia G. de Costa, Emilia R. de Cárdenas, y Silveria I. de Barraza, Srtas. Adela D. B. Blanes, Rosa Báez, Ángelica Achával Vieyra y Auristela Campos y Sres. Horacio Córdoba y Genuario L. Argañaraz, de Santiago del Estero; Sras. Clementina J. de Aragón y Haydée A. de Brisuela, Srtas. Céfora Aráoz, Haydée

Y llamará eternamente, porque no ha de encontrar jamás al que busca.

Alvarez y Sr. Rafael Anascaeta, Srtas. Francisca M. Martínez y Luisa Zelarayán, Sra. Clementina J. de Aragón y Sr. Lucio A. Moreno, de Catamarca; Srt. Angélica Guaraz y Sres. José Ledo, Carlos I. Gallo, Domingo Orona y Alfredo Cuello, de La Rioja; Sres. Pascual F. Funes y Luis Jerónimo Lucero, de San Luis; Srtas. Quintilia Francisco y María L. Castillo, Srt. Elida I. Salvarredy y Sr. Agenor Soria, en Córdoba; Sras. Luisa E. L. de Dufour y Delia M. P. de Carido, en Chaco; Srt. Amelia M. de Ibarra y Sr. Fortunato V. Núñez, en Entre Ríos; Srt. Urbana E. Romero, en Santa Fe; Srt. Constantina Mendieta, de Buenos Aires.

EL QUEO

El “queo” es un ave de la familia de la perdiz, aunque de mayor tamaño y de carne más delicada. Habita generalmente en las ciénagas y faldas de los cerros jujeños donde hay vertientes. Cuando va a hacer buen tiempo, canta por la mañana alegremente, y si lo hace por la noche, con seguridad que al día siguiente soplará viento.

Es muy original la manera de ser de estos animales; cuando se reunen ocho o más “queos” forman una especie de rueda afirmando el pico cada animal sobre el ala izquierda del compañero, y así unidos cantan todos a una voz muy fuertemente, dando vueltas alrededor de uno de ellos que está colocado en el centro y que parece ser el que los dirige en aquella especie de danza o baile. Cuando se sienten algo mareados, dan una media vuelta, y en la misma forma siguen girando por espacio de algunos minutos.

ADIVINANZAS

ADIVINANZAS

Brama y brama como el toro
y relumbra como el oro.

R.: El trueno y el relámpago.

En una calle muy limpia
anda una dama a un compás,
que camina *pa* delante
con los ojos para *tras*.

R.: La tijera.

Salgo de la sala,
voy a la cocina,
meneando la cola,
como una gallina.

R.: La escoba.

Vuela sin alas,
silba sin boca,
pega sin manos,
y no se lo toca.

R.: El viento.

Pampas blancas,
semillas negras,
cinco toros
y una ternera.

*R.: La mano, la lapicera, el papel
y la escritura.*

Te la digo
y no me entiendes,
te la repito
y no me comprendes.

R.: Tela.

Hermanos son,
uno va a misa
y el otro no.

R.: El vino y el vinagre.

Soy animal que viajo:
de mañana a cuatro pies,
a mediodía con dos
y por la tarde con tres.

R.: El hombre.

Horquetín, horquetín,
a cada paso hace chilín.

R.: La espuela.

Una pregunta tan fácil
sabiéndola preguntar:
¿qué planta se va a regar
cuando la van a cortar?

R.: La barba.

Redondo, redondo,
no tiene tapa
ni tiene fondo.

R.: El anillo.

Una vieja corcoveta
tuvo un hijo enredador,
unas hijas buenas mozas
y un nieto predicador.

R.: La viña.

Oro no es,
plata no es,
abré la cortina,
sabrás lo que es.

R.: El plátano.

Blanco, barranco,
pantalón blanco.

R.: El aveSTRUZ.

Fuí por un caminito
encontré una dama,
le pregunté su nombre
y me dijo Juana.

R.: La damajuana.

Un cercado
bien arado
donde la reja
no ha entrado.

R.: El tejado.

En el campo grita
y no es campero,
pega el martillazo
y no es zapatero.

R.: La chuña.

Unas regaderas
más grandes que el sol
con que riega el campo
Dios nuestro Señor.

R.: Las nubes.

Cuando chiquita, aspudita;
y cuando grande, mochita.

R.: La luna.

1
Barbas tiene,
hombre no es,
olas hace,
río no es.

R.: El trigo.

2
En el campo monterano
hay un fraile franciscano,
tiene dientes y no come,
tiene barba y no es hombre.

R.: El choclo.

3
Vestidos de blanco y negro
venían dos caballeros,
uno al otro se decía,
yo primero — yo primero.

R.: Los pies.



Una yegüita blanca
salta cerros y barrancas
y no se manca.

R.: La luna.

Blanca en mi nacimiento,
morada en mi vivir,
y me voy poniendo negra
cuando me voy a morir.

R.: La mora.

Randa que randa
randadorita,
teje que teje
tejedorita.

R.: La araña.

Un animalito bravo
piquito *doblao*,
sombrerito bayo
ponchito *listao*.

R.: El carancho.

Primero fuí blanca,
después verde fuí;
cuando fuí dorada,
¡Ay, pobre de mí!

R.: La naranja.

3
¿Qué será un animalito:
cuando más come,
más flaco se pone?

R.: El cuchillo.

Tira el hilito,
y grita el pajarito.

R.: La campana.

Yo vi cien damas hermosas
en un momento nacer,
ponerse como una rosa
y en seguida perecer.

R.: Las chispas.

U
Una yegüita mora
con riendita en la cola.

R.: La aguja.

Con el piquito
picotea
y con el rabito
tironea.

R.: La aguja.

Animalito bermejo,
costillas sobre el pellejo.

R.: El barril.

Come por el lomito,
destila por el piquito.

R.: La pava.

F

Cuando me siento, me estiro,
cuando me paro, me encojo;
entro al fuego y no me quemo,
entro al agua y no me mojo.

R.: La sombra.

De nada sirvo de día;
de noche sirvo bastante;
como siempre doy trabajo,
me cortan a cada instante.

R.: El pabilo.

Es colorado bolsillo,
que tiene plata en sencillo.

R.: El ají.

Verde como loro,
bravo como toro.

R.: El ají.

Te digo y te repito
que si no adivinas,
no vales un pito.

R.: El té.

Tengo la cabeza dura
me sostengo sobre un pie
y soy de tal fortaleza
que a Dios hombre sujeté.

R.: El clavo.

Bajo de la lana
suena la campana.

R.: La tijera de esquilar.

Delante de Dios estoy
entre cadenas metida,
ya estoy alta, ya estoy baja,
ya estoy muerta, ya estoy viva.

R.: La lámpara del altar.

Pajarito volando,
con las tripas colgando.

R.: El barrilete.

En la punta de una barranca,
hay cinco niñas con gorras blancas.

R.: Las uñas.

Una dama muy delgada
y de palidez mortal,
que se alegra y se reanima
cuando la van a quemar.

R.: La vela.

Siempre quietas,
siempre inquietas,
durmiendo de día,
de noche despiertas.

R.: Las estrellas.

Mi padre tiene un dinero
que no lo puede contar,
mi madre tiene una sábana
que no la puede doblar,
mi hermana tiene un espejo
que no se puede mirar.

R.: Las estrellas, el cielo y el sol.

En blanco pañal nací,
en verde me transformé,
fué tanto mi sufrimiento
que amarillo me quedé.

R.: El limón.

Chiquitito
como ratón,
guarda la casa
como león.

R.: El candado.

Fuí al mercado
compré un negrito;
y ya en mi casa,
es coloradito.

R.: El carbón.

Es su madre tartamuda
y su padre un buen cantor;
tiene su vestido blanco,
y amarillo el corazón.

R.: El huevo.

Más largo que un pino,
pesa menos que un comino.

R.: El humo.

Entre muralla y muralla,
hay una flor colorada;
llueva o no llueva,
siempre está mojada.

R.: La lengua.

En Salta estaba,
aquí estaba
y siempre estaba.

R.: La taba.

Tiene dientes
y no come,
tiene barbas
y no es hombre.

R.: El choclo.

Oro no es,
plata no es,
abrí la cajita
y verás lo que es.

R.: La nuez.

En el campo me crié,
dando voces como loca,
me ataron de pies y manos
para quitarme la ropa.

R.: La oveja.

Ovillejo, ovillejo,
cara de indio viejo.

R.: El quirquincho.

Entra cantando,
sale llorando.

R.: El balde.

Galán caballero,
chaleco blanco,
sombbrero negro.

R.: El teru-tero.

Tengo cabeza redonda
sin nariz, ojos, ni frente,
y mi cuerpo se compone
tan sólo de blancos dientes.

R.: El ajo.

Salta y salta
y la colita le falta.

R.: El sapo.

Blanco fué mi nacimiento
negra fué mi mocedad,
se me peló la cabeza
y no sé por qué será.

R.: El cóndor.

Palo liso, palo liso,
cada vez que te veo, me atemorizo.

R.: La víbora.

Ancho y bola,
fortachó en la cola.

*R.: El mataco,
o quirquincho bola.*

Todos me pisan a mí,
yo no piso a nadie;
todos preguntan de mí,
yo no pregunto de nadie.

R.: El camino.

5
En aquel monte escabroso
me dijeron que abra el ojo.

R.: El abrojo.

Garra, pero no de cuero,
pata, pero no de vaca.

R.: La garrapata.

Traca que traca,
tras la petaca.

R.: El ratón.

Un animalito, lico, lico,
que no tiene cola ni pico.

R.: El sapo.

Tras, tras,
la cabeza para atrás.

R.: La lechuza.

Tordillo rabón,
patas de azadón,
cabeza de botón.

R.: El aveSTRUZ.

Dos niñas a la par,
que no se pueden mirar.

R.: Los ojos.

Negro bocón,
petiso y panzón.

R.: El mortero.

Alto y grandote,
con un diente en el cogote.

R.: El asador.

LIRICO O SUBJETIVO

CAMINA LA VIRGEN SANTA

Camina la Virgen Santa,
camina para Belén:
En la mitad del camino
pide el niño qué beber.
Le dice la Virgen Santa:
—No bebas agua, mi bien,
que las aguas corren turbias
y no se pueden beber.
Camina para delante,
y da con un naranjel; (1)
el que lo estaba cuidando
era un ciego, que no ve.
Le dice la Virgen Santa:
—Ciego que nada no ve,
dale una naranja al niño
para que aplaque la sed.
Responde el ciego y le dice:
—Corte lo que es menester.
Cuando más cortaba el niño

(1) Naranjel por naranjal, usado en español antiguo y dialectal.
Idem rosel, por rosal.

más volvía a florecer.

Le dice la Virgen Santa:

—Dios te lo pague muy bien;
con la bendición del niño
abre los ojos y ve.

A gritos decía el ciego:

—¿Quién me ha hecho esta gran merced?

—Yo soy la Virgen María,
camino para Belén.

Aquí se acaba este verso;
ya que Cristo dió en Belén,
los pajarillos del prado
le canten su gloria, amén.

ENTRE SAN PEDRO Y SAN JUAN

Entre San Pedro y San Juan,
Hicieron un barco nuevo;
El barco era de oro,
Los remos eran de acero,
San Pedro era piloto,
San Juan era marinero,
Y el capitán general
Era Jesús Nazareno.

En una noche obscurita
Cayó un marinero al agua,
Lucifer, que nunca duerme,
Le dirigió estas palabras:

—Marinero ¿qué me das
si yo te saco del agua?

—Te doy todos mis navíos
Cargados con oro y plata.

—Yo no quiero tus navíos,
Ni tu oro, ni tu plata.

Yo quiero que cuando mueras
A mí me entregues el alma.

Acaso no podré hablarte;
Pero siempre viviré,
Y donde quiera que esté,
Después de muerto he de amarte.

Si por desventura rara
Mi alma llegara a expirar,
A fuerza de tanto amar
Tal vez se inmortalizara.
Pero si mortal quedara,
Cuerpo y espíritu yerto,
Te amaré aún después de muerto;
Y si mi sepulcro pisas,
Te adorarán mis cenizas
Aunque esté en polvo disuelto.

En sombría sepultura,
Cadáver inanimado,
Podré acaso estar privado
De mostrarte mi ternura.
Mas en esa tumba obscura,
Melancólico habitante,
En la morada aterrante
Donde nunca cupo amor,
Envuelto en polvo de horror,
Seré polvo y fino amante.

VEN, MUERTE, TAN ESCONDIDA

*Ven, muerte, tan escondida,
Sin que te sienta venir,
Porque el placer de morir
No me torne a dar la vida.*

Presa el alma de dolor,
Con el corazón marchito,
Soy como el árbol maldito
Que no da fruto ni flor.
Muerte, ven a mi clamor,
Que en ti mi esperanza anida;
Ven, acaba con mi vida,
Ven en silencio profundo
A llevarme de este mundo,
Ven, muerte, tan escondida.

Ya cansado de amarguras,
Sin tener ningún consuelo,
No me resta de este suelo
Más que tristes desventuras.
De mi pecho las ternuras
Han dejado de existir,

Y me vienen a abatir
Los pesares más profundos.
Llévame, muerte, del mundo
Sin que te sienta venir.

Quizá el mundo en su embriaguez,
Sin comprender mi amargura,
Tenga mi afán por locura,
Hija de la insensatez.
Al ver mi ardiente avidez
Por acabar de existir,
Los que estiman el vivir
Como suprema ventura
Dirán que es esta locura
Por el placer de morir.

Ah, si vieran la inclemencia
En que mi dolor se goza,
Que hoja por hoja destroza
Las flores de mi existencia,
Comprendieran la vehemencia
Con que anhelo tu venida,
Pero sin que seas sentida
Ni te pueda conocer,
Porque tan grande placer,
No me tolle a dar la vida.

VIDALITAS

Cuando te sonrías,
¡Vidalitá!
Estando a mi lado;
Creo que a la tierra
¡Vidalitá!
El sol ha bajado.

No hay planta en el campo
¡Vidalitá!
Que florida esté;
Todos son despojos,
¡Vidalitá!
Desde que se fué.

Palomita blanca,
¡Vidalitá!
Que cruzas el valle,
Ve a decir a todos,
¡Vidalitá!
Que ha muerto Lavalle.

Palomita blanca,
¡Vidalitá!
Vuélvete a tu nido,
Y hallarás la sangre,
¡Vidalitá!
De mi pecho herido.

Para los dichosos,
¡Vidalitá!
Cortos son los días;
Para mí son siglos,
¡Vidalitá!
De melancolía.

Si algún día vuelve,
¡Vidalitá!
Y no me halla ya,
Que corra a buscarme,
¡Vidalitá!
A la eternidad.

COPLAS

Las hojas de mi naranjo
se derraman con el viento:
así derraman mis ojos
lágrimas de sentimiento.

Mañana por la mañana
se embarca la vida mía.
¡Malhaya la embarcación
y los remos que la guían!

Muchas caras tengo vistas,
como la tuya ninguna;
de tu frente nace el sol,
de tu garganta la luna.

No hay corazón como el mío
para sufrir una pena:
corazón que sufre y calla
no se encuentra donde quiera.

Ojos míos, no lloren
en pago ajeno;
porque no hay quien se duela
de un forastero.

¿Para qué amanece el día
si luego ha de anochecer?
¿Para qué son tus cariños
si no han de permanecer?

¿Para qué Dios me daría
la luz del conocimiento,
lucero de la mañana,
estrella del firmamento?

¿Para qué sirven ojos,
para qué sirven
ojos que se apasionan
de un imposible?
De un imposible, sí,
¡ay, mis ojitos!,
se andan de puerta en puerta
los pobrecitos.

Para subir al trono
de tus amores,
pongo una escalerita
de varias flores.

¿Quién es aquel pajarillo
que canta sobre el limón?
Anda, dile que no cante,
que me roba el corazón.

Quisiera pasar el río
sin que me sienta la arena,
ponerle grillos al diablo
y a la muerte una cadena.

Cada vez que me acuerdo
que estás ausente,
aborrezco la vida
y amo la muerte.

Cantar me mandan, señores,
yo no estoy para cantar:
mi corazón lastimado
más está para llorar.

Con su permiso, señores,
voy a sacarme el sombrero,
para tapar a esta rosa
que no me le dé el sereno.

Cuando salí de mi tierra
todos sintieron por mí:
las piedras lloraban sangre
y el sol no pudo salir.

Cuando voy por la calle,
voy por la sombra,
siguiéndole los pasos
a mi paloma.

He de mandar que me entierren
sentado cuando me muera,
para que puedas decir:
se murió, pero me espera.

La guitarra que yo toco
tiene boca y sabe hablar;
sólo le faltan los ojos
para ayudarme a llorar.

Triste me pilla la tarde,
la noche con gran dolor;
suspirando me amanezco,
llorando me nace el sol.

Llorad, corazón, llorad,
llorad si tenéis por qué,
cuando reyes han sabido
llorar por una mujer.

Un corazón de madera
tengo de mandar hacer,
que no sufra ni padezca
ni sepa lo que es querer.

Vámonos, vida mía,
donde lloraste,
a recoger las perlas
que derramaste.

Vámonos, vida mía,
vámonos donde,
donde la luna nace
y el sol se esconde.

Ya llegó la triste noche
para mí que estoy penando:
duerman los que sueño tienen,
yo los velaré llorando.

Bajó la paloma blanca
vestida de azul celeste:
he de seguir tus pasitos
aunque la vida me cueste.

Agua que corriendo vas,
bañando el campo florido:
¡dame razón de mi bien,
mira que se me ha perdido!

Ahí te mando el corazón,
el que gobierna la vida;
el alma no te la entrego,
porque esa prenda no es mía.

A las montañas inmensas,
ya me voy a retirar,
sollozando, sollozando,
como agua de manantial.

A los ángeles del cielo
les voy a mandar pedir
una pluma de sus alas,
para poderte escribir.

Arriba de un olivo
mi amor andaba
de gajito en gajito,
de rama en rama.

Bajo de un coposo pino
llorando me lamentaba;
como el pino era tan tierno
de verme llorar, lloraba.

La campana de mi pueblo
sí que me quiere de veras:
se alegró cuando nací,
llorará cuando me muera.

Yo he de cantar y bailar
hasta que la muerte llegue;
mi cuerpo ha de estar tendido
y mi corazón alegre.

Dame la carta de pago,
que yo te daré el recibo.
Si la firmas en la arena,
yo lo firmaré en el río.

De la peña nace el agua,
de los árboles el viento:
de mi triste corazón
nacieron los sufrimientos.

De los cien imposibles
que el amor tiene,
ya le llevo vencidos
noventa y nueve.

Dices que no me quieres
porque no soy
pariente de la luna,
primo del sol.

El naranjo de tu patio,
cuando tu hermosura ve,
desprende la mejor flor,
para echártela a tus pies.

En el mar de tu pelo
navega un peine,
y en las olitas que hace
mi amor se duerme.

En la cara te conozco
que me querés olvidar;
en el Padre Nuestro dice:
“Hágase tu voluntad”.

Escribirte quisiera,
papel no tengo:
te escribiré en la esquina
de mi pañuelo.

Habrán ojos desgraciados,
pero no como los míos;
sólo los míos nacieron
para dar agua a los ríos.

¡Estrella de amanecer,
estrellita de alegría!
¿Cómo no me despertaste,
al venir *clariando* el día?

Esta cajita que toco
también siente su dolor;
ella, con ser cuero, siente,
¡qué será mi corazón!

Cuando salí de mi tierra
volví la cara llorando:
¡Adiós, tierra de mi vida,
qué lejos te vas quedando!

El día que yo me muera,
de mí nadie ha de sentir:
solamente las campanas
se han de querer derretir.

Si de cristales fueran,
los corazones,
¡qué de claro se vieran
Las intenciones!
Las intenciones, sí,
es cosa rara,
que siendo tú la nieve,
yo me deshaga.

Si las ingratitudes
fueran de aceite,
yo andaría manchado
continuamente.

Si por pobre me desprecias,
digo que tienes razón:
amor pobre y leña verde
arden cuando hay ocasión.

Solito soy en el mundo,
solito como el cardón:
de noche me da la luna,
de día me pega el sol.

Toro negro, toro blanco,
torito de mil colores:
no me mates con tus astas,
mátame con tus amores.

¿Han visto morir el sol
en los brazos de la tarde?
Así he de morirme yo,
sin dar mis quejas a nadie.

Los campos y las montañas
florecen a costa mía,
porque merecen los riegos
de mis ojos cada día.

Tengo un dolor, yo sé dónde,
que me apena y sé por qué,
que ha de sanar, yo sé cuándo,
si me cura, yo sé quién.

HEROICO E HISTORICO

RESPUESTA OPORTUNA

*Ahí te mando, primo, el sable;
No va como yo quisiera;
Del Tucumán es la vaina,
Y de Salta la contera.*

Glosa

Cercado de desventuras,
Desdichas y desaciertos,
No distingo sino muertos,
No veo sino amarguras.
Los hijos de estas llanuras
Tienen valor admirable;
Belgrano, grande y afable
A mí me ha juramentado;
Y, pues todo está acabado,
Ahí te mando, primo, el sable.

Cada jefe testimonio
Dió de ser un adalid;
Díaz Vélez, más que el Cid;
Rodríguez, como un demonio;
Aráoz, por patrimonio,
Tiene la índole guerrera;
De Figueroa a la carrera
Me libré, si no me mata.
Estoy ya de mala pata;
No va como yo quisiera.

Forest, Superí y Dorrego,
Perdriel, Alvarez y Pico,
Zelaya en laureles rico,
Y Balcarce brotan fuego;
Arévalo, de ira ciego,
En sus ardores no amaina.
Me han cebado una polaina
Los tales oficialitos;
Y cantan estos malditos.
Del Tucumán es la vaina.

Por fin, ese regimiento
Llamado número Uno,
Con un valor importuno,
Me ha dado duro escarmiento;
Y es tanto mi sentimiento,
Que yo existir no quisiera,

Pues la fama vocinglera,
Publicará hasta Lovaina,
Que es de Tucumán la vaina
Y de Salta la contera.

Nota: Llegó Belgrano a Salta, obtuvo el triunfo el 20 de febrero y el enemigo, después de jurar que no tomaría las armas contra los defensores de la libertad, emprendió la retirada. En esa oportunidad, los patriotas descubrieron una carta enviada a Tristán por su primo hermano Goyeneche, en la cual le pedía hiciera cambiarle la vaina a un sable que le mandaba.

Con este motivo —dice el Dr. Angel Justiniano Carranza, citado por el Dr. Zeballos—, los patriotas compusieron los chispeantes versos que anteceden.

~~X~~
COPLAS

¡Adiós, Jujuicito, adiós,
te dejo y me voy llorando!
La despedida es muy triste
la vuelta, quién sabe cuándo.

(1)

Triunfaréis de los tiranos
y a la patria daréis gloria
si, fieles americanos,
juráis obtener victoria.

(2)

Vamunis, compañeritos,
a defender la bandera,
que la *sangri* de La Puna
no se *redama andiquiera*.

(3)

¡Palomita, palomita,
palomita de La Puna,
a Belgrano lo vencieron
en la pampita de Ayuma!

(4)

La bandera de sangre,
triste divisa,
se deshizo en Caseros,
¡que viva Urquiza!

Si Dios me presta la vida,
y el Arcángel San Gabriel,
voy a buscar a Lavalle
para juntarme con él.

NOTAS DE LAS COPLAS HISTORICAS

(1) En 1812 cuando el General Manuel Belgrano recibió orden del gobierno de Buenos Aires de replegarse a Córdoba, lanzó un bando que ordenaba a todos los habitantes de San Salvador de Jujuy dejar la ciudad y seguir al ejército en dirección a Tucumán.

Jujuy cumplió el bando que le imponía el sacrificio de sus haciendas y el 23 de agosto de 1812 se inició el llamado éxodo jujenzo.

La tradición cuenta que un oficial, al vadear el río Chico y ver por última vez quizás su ciudad natal, compuso esa copla.

(2) Cuando Belgrano hizo jurar a la tropa la bandera blanca y celeste, en la orilla del Río Pasaje (desde entonces Juramento) el 18 de febrero de 1813, esta copla que recuerda tal acontecimiento fué grabada en un árbol.

A distancia de cien pasos del río, sobre la ribera oeste, había un árbol que sobresalía por su corpulencia; limpiando una parte de su corteza, hacia media altura de un hombre, se grabó una inscripción que decía Río Juramento y más abajo esta copla. (Coronel L. Lugones).

(3) Cuando Belgrano prosiguió su marcha siguiendo las huellas del ejército del rey y estableció sus cuarteles en Yavi, en los primeros días de junio del año de 1813, los puneros conocieron la bandera de la patria, porque a ella alude esa coplita recogida en Abrapampa.

(4) A Vilcapugio siguió Ayohuma, el 14 de noviembre, y la cajita puneña lloró el nuevo desastre con versos, que fueron recogidos en La Puna.

DE LA MUERTE DE QUIROGA Y DE LA SUERTE QUE CUPO A SANTOS PEREZ

1ra. Parte.

Don Juan Facundo Quiroga,
General de mucho bando,
Que tuvo tropas de líneas,
Muchos pueblos a su mando.

Hombre funesto y terrible
Que fué el terror de Los Llanos,
Era feroz, sanguinario,
Bárbaro, cruel e inhumano.

Tenía por apodo “El Tigre”,
Por su alma tal alevosa,
Por su presencia terrible
Y su残酷 espantosa.

Salta, Tucumán, Santiago,
Se hallaban desavenidos.
Marchó Quiroga a arreglarlos
Para dejarlos unidos.

Al partir le dice al pueblo
Como algo que ya presente:
Si no, adiós para siempre!
Si salgo bien, volveré,

Al ausentarse Quiroga
Ya le anunciaba el destino
Que había de perder la vida,
En ese largo camino.

Llevaba por compañero
A su secretario Ortiz,
y apuraba la galera
En aquel viaje infeliz.

A pocas horas de andar
En un arroyo fangoso,
Se le agarró la galera,
Y allí se puso penoso.

Acude el maestro de posta,
Mas no pudiendo salir,
Al *maestro* mismo, Quiroga,
A las varas lo hizo *uñir*.

Al fin pudieron zafar,
Y como una exhalación
Cruzaba el coche la pampa,
Sin hallar interrupción.

En cada posta que llega,
Pregunta muy afligido
La hora que ha pasado un chasqui
De Buenos Aires venido.

Le contestaban que hará una hora,
Entonces, con duro acento,
¡Caballos, les pega el grito,
Sin pérdida de momento!

Y su marcha continúa,
Mas quiso también el cielo
Molestar a ese bandido
Que había ensangrentado el suelo.

Durante tres días seguidos
Le hace llover permanente;
Se pone el camino horrible
Convertido en un torrente.

Al entrar en Santa Fe,
Se le aumenta su inquietud,
Y en desesperada angustia
Se pone con prontitud.

Le avisan que no hay caballos
En la “Posta de Pavón”
Y que el *maistro* estaba ausente,
Para mayor confusión.

Sufre una horrible agonía
Al prever una parada,
Y grita: ¡Traigan caballos!
con una voz angustiada.

Causaba asombro de ver
En este hombre tan terrible,
Ese extraño sobresalto
Donde el miedo era visible.

Después que logran marchar
Dice, viendo para atrás:
—“Si salgo de Santa Fe
No temo por lo demás”.

Al pasar el río Tercero
Todos los gauchos acuden,
A ver a ese hombre famoso,
Tal vez que en algo le ayuden.

De allí lo hicieron pasar
Casi alzando la galera.
Por último, llega a Córdoba,
Donde Reinafé lo espera.

Estando en la posta ya,
Pidiendo a gritos caballos,
Ha llegado Reinafé
Solícito a saludarlo.

Quiroga a las nueve y media
Había a este punto llegado,
No encontró caballo pronto
Por su arribo inesperado.

Muy amable Reinafé
Lo invitaba atentamente:
—Pase en la ciudad la noche,
Lo atenderé dignamente.

Pero el salvaje Quiroga,
Sin ninguna educación,
Dice: ¡Caballos preciso,
Para mejor atención!

Viéndose así Reinafé,
Por ese hombre, despreciado,
Se regresó a la ciudad
Enteramente humillado.

Le llevaron los caballos
A las doce de la noche,
Hora en que siguió su viaje
Con Ortiz dentro del coche.

Al fin Quiroga llegó,
A Tucumán y Santiago,
Arregló todas las cosas
Y emprende su viaje aciago.

¡A Córdoba! pega el grito,
Y los postillones tiran,
Resuenan los latigazos
Y los caballos se estiran.

Quiroga lo sabe todo,
Hasta el peligro salvado,
Sabe el grande que le espera
Del enemigo burlado.

2da. Parte

Mientras tanto Reinafé
Le prepara los puñales
Que habían de acabar con él
En desiertas soledades.

Proponen los Reinafé,
Como hombres muy advertidos,
Llamar a un tal Santos Pérez
Y a otros gauchos pervertidos.

Santos Pérez se presenta,
Como mozo de obediencia
Y ¡santas noches!, le dice,
¿Cómo se halla Vuelcelencia?

Allí mismo le proponen
El matar a Don Facundo,
Haciéndole ver el bien
Que hará a la patria y al mundo.

Y le dice Santos Pérez:
—“Yo he de rendir obediencia
Pero si lleva la firma
De manos de Vuelcelencia”.

Al escritorio se entraron
Estos hombres ya entendidos,
A trabajar este plan,
Sin que puedan ser sentidos.

Y le dice Santos Pérez,
Al acabar de firmar:
—Preciso en este momento
Un chasqui para mandar.

Y manda al Totoral Grande
Que vuelvan por El Chiquito,
Que le llamen a su gente,
Yaques, Juncos y Benito,

Facundo agradece al joven,
Y de nuevo lo interroga,
Mas le dice: —¡No ha nacido
Quien lo matará a Quiroga!

“A un grito mío la partida,
“A mi orden se ha de poner,
“Y hasta Córdoba hemos de ir,
“Mañana usted lo ha de ver”.

Llegaron al “Ojo de Agua”
Y allí saben igual cosa,
Pasando el pobre de Ortiz,
La noche más angustiosa.

Esa noche sin dormir
Pasó en amarga congoja,
Todas las horas pensando,
En sus hijos y en su esposa.

Le manifiesta a Quiroga
Su intención de no seguir,
A lo que éste le contesta:
—Es peor, amigo, no ir.

Tuvo Ortiz que someterse
Sufriendo el mayor suplicio,
Y como humilde cordero,
Marchaba a su sacrificio.

Quiroga llamó a su negro,
Que le servía de asistente,
En él ponía su confianza,
Porque era hombre muy valiente.

Le ordenó limpiar las armas
Y tenerlas bien cargadas,
Por si llega la ocasión
De ser bien aprovechadas.

Y alzando nubes de tierra
Se alejaron de estos puntos.
El polvo íbalos cubriendo
Porque iban a ser difuntos.

En la “Posta de Intiguasi”
No fueron pronto auxiliados,
Dándoles tiempo a los gauchos
Que estuvieran preparados.

4ta. Parte

Al pie de “Barranca Yaco”
Treinta hombres había apostados,
Para asaltar la galera
En cuanto hubiera llegado.

Ya sienten los latigazos
De los pobres postillones,
Y el andar de la galera
Que viene a los sacudones.

Ya miran venir el coche,
Rodando por el camino,
—¡A la carga! dice Pérez,
Matemos a ese asesino.

¡Bendito Dios poderoso!
En aquel terrible asalto,
Un loro que allí venía
Les gritaba que hagan alto.

“Hagan alto”, decía el loro,
Con su lengüita parlera,
“Haga alto, mi general,
“Que le asaltan la galera”.

Y pega el grito: ¿A esa gente,
Con sus armas apuntando,
Y pega el grito: A esa gente,
Quién la viene gobernando?

Le responde Santos Pérez
Y de este modo lo trata:
“La hora te llegó, Quiroga,
Pierdes la vida y la plata”.

—No me mates, Santos Pérez!
Le gritaba el General...
Dame tregua de minutos
Siquiera para rezar.

Le responde Santos Pérez:
—Yo, tregua no te he de dar,
Yo no te daré más tregua
Que al golpe de un pedernal.

Y le dió un tiro en el ojo
Sin dejarlo respirar,
Y le dice: ¡Oiga el Quiroga!
Se acabó ese general.

También mataron a Ortiz
A pesar de sus clamores.
Allí sí que la pagaron
Los justos por pecadores.

Diez muertes son las que hicieron
Con unos dos postillones,
Que al ver morir a uno de ellos
Se partían los corazones.

“No me mate, señor Santos!
Le decía el postillón,
“Señor, libreme la vida,
“Téngame usted compasión”.

Le respondió el gaucho Pérez:
—Yo no te puedo salvar
Pues si te dejo la vida
Tú mismo me has de juzgar.

Entonces dice uno de ellos:
“De favor le pediré,
Señor, librale la vida,
Yo con él me ausentaré”.

Por respuesta Santos Pérez
Le voló todos los sesos,
En seguida al postillón
Le cortó libre el pescuezo.

Pegó un grito el postillón
Cuando el cuchillo le entró.
Este grito, decía Pérez,
Que siempre lo atormentó.

Se le grabó en el oído
Aquel grito lastimero,
Y en todas partes oía
Del niño aquel ¡ay! postrero.

Después de hacer estas muertes
A ese gaucho le pesó.
Y desfilando de a cuatro,
A Sinsacate marchó.

Tomó por refugio el monte
A causa de su delito,
Y allá oyó continuamente
De aquel postillón el grito.

AY, AÑO SESENTA Y UNO

¡Ay, año sesenta y uno!,
Principio de tantos males.
Ya los hombres no conocen
Sus propias iniquidades.

Ya parecen que llegamos
Al determinado colmo,
Que hemos de ver hecho polvo
El falso bien que gozamos.
¡Oh, qué engañados estamos
En lo que es ceniza y humo!
Al que tuvo porque tuvo
Su fin le está amenazando.
Debemos decir temblando:
“¡Ay, año sesenta y uno!”.

El robo, principalmente,
Enarbola su estandarte;
La envidia por otra parte
Saca la cara de frente,
Silba la antigua serpiente
En los míseros mortales

Dando señales fatales
Del último desengaño.
¡Cómo no ha de ser este año
Principio de tantos males!

Todo lo bueno se acaba,
Virtudes y devociones;
Dan el grito las pasiones,
Alza el capricho la espada,
¡Ay, época desgraciada,
De castigos tan atroces!
Ya no se atiende a las voces
De justicia y de verdad.
Porque ni su propio mal
Ya los hombres no conocen.

Corre la sangre en San Juan,
Tiembla la tierra en Mendoza,
Y entre llamas horrorosas
Arde el suelo en Tucumán.
Y según los tiempos van,
Crecen las calamidades,
Y al compás de las maldades
Se concluye todo bien,
Porque los hombres no ven
Sus propias iniquidades.

PRECEPTIVO Y MORAL

LAS AVES QUE HICIERON NIDO

*Las aves que hicieron nido
En árbol de hojas cargado
Lo miran desconocido
Cuando lo ven deshojado.*

Vestido de verdes hojas,
Todo árbol es muy hermoso
Pero, ¡qué triste y penoso
Cuando el tiempo lo despoja!
Porque en perdiendo sus hojas,
Ya no es quien antes ha sido;
Ni las sombras que ha tendido
Tiene para aquel entonces;
Y tal vez ni lo conocen
Las aves que hicieron nido.

Mas un árbol libre, goza
De sus hojas permanentes,
Vienen aves diferentes
A anidar en él gustosas;
Allí viven cariñosas,
Teniendo su gusto empleado.

Yo lo tengo bien mirado
Que un ave, por ruin que sea,
Hacer su nido desea
En árbol de hojas cargado.

Un árbol sin hojas sabe
El tiempo en que reverdece,
Y luego que su hoja crece,
Vuelven otra vez las aves.
Allí trinan cantos suaves
Y olvidan de lo pasado.
Se vuelve a quedar postrado
Si el tiempo le hace perjuicio,
Y entonces ni le hacen juicio,
Cuando lo ven deshojado.

Yo vi un árbol que se vió
Verde, y después se marchita,
Y el mismo tiempo le quita
Lo que otro tiempo le dió;
Y cuando seco se vió,
Las aves que hicieron nido
Tal vez las que hayan nacido
Al abrigo de sus hojas,
Como el tiempo lo despoja,
Lo miran desconocido.

NO SIGAS ESE CAMINO

*Ni sigas ese camino,
No seas orgulloso y terco,
No te vayas a perder,
Como la ciudad de Esteco.*

¿Dónde está, ciudad maldita,
Tu orgullo y tu vanidad,
Tu soberbia y ceguedad,
Tu lujo que a Dios irrita?
¿Dónde está que no hallo escrita
La historia de tu destino?
Sólo sé de un peregrino
Que te decía a tus puertas:
—¡Despierta ciudad, despierta
No sigas ese camino!

Y orgullosa, envanecida,
En los placeres pensando,
En las riquezas nadando,
Y en el pecado sumida;
A Dios no diste cabida
Dentro de tu duro pecho,

Pero en tus puertas un eco,
Noche y día resonaba,
Que suplicándote estaba:
No seas orgulloso y terco.

Y nada quisiste oír,
Nada quisiste escuchar,
Y el plazo te iba a llegar,
La hora se iba a cumplir
En que debías morir
En el lecho del placer,
Sin que puedas merecer
El santo perdón de Dios.
Pues nadie escuchó la voz:
No te vayas a perder.

La tierra se conmovió,
Y aquel pueblo libertino
Que no creyó en el divino
Y santo poder de Dios,
En polvo se convirtió,
Cumplióse el alto decreto,
Y se reveló el secreto
Que Dios tuvo en sus arcanos,
No viváis, pueblos cristianos,
Como la ciudad de Esteco!

COPLAS

Las cositas de este mundo
muchos las toman a pecho:
Yo las tomo por la mano,
y a la espalda me las echo.

Las ilusiones del alma
unas a otras se suceden,
como las rosas que nacen
entre las rosas que mueren.

La vida del necio es larga,
la vida del sabio es corta;
también las flores del mundo
duran menos que las hojas.

La vida es como el arroyo
que va a perderse en el mar:
Hoy cruza campo de flores,
mañana seco arenal.

Los amores y la luna
son en todo semejantes:
Entran con cuarto creciente,
salen con cuarto menguante.

Ah, dijo!, dijo mi madre;
no *andis* en tierras ajenas,
trabajando sol a sol,
lleno el corazón de penas.

Amor de un forastero
na vale nada;
ensilla su caballo,
se va mañana.

Arbolito, arbolito,
no se me quiebre,
porque los huracanes
se van y vuelven.

Arroyo, no corras tanto,
mira que no eres eterno,
que te quitará el verano,
lo que te ha dado el invierno.

Atención pido al silencio,
pido al silencio que calle;
porque en varias ocasiones
el silencio es el que vale.

Bajo de un coposo pino,
oí cantar a la selva:
—Hoja que la lleva el viento,
es imposible que vuelva.

Ciego soy y vivo triste,
porque estoy pensando siempre,
que sólo se ve la luz
a la sombra de la muerte.

Como la mariposa
tengo mi suerte:
aquellos que me gusta
me da la muerte.

Con un cigarro de hoja
comparo al mundo,
porque todo se vuelve
ceniza y humo.

Cuando el padre le da al hijo,
ríe el padre y ríe el hijo;
cuando el hijo le da al padre,
llora el padre y llora el hijo.

Cuando más raso está el cielo,
suele una nube bajar:
a espaldas de un gran consuelo
suele venir un pesar.

Cuesta arriba es mi camino,
aunque medio pedregoso:
yo me voy a lo seguro,
no me voy a lo dudoso.

Deje la flor donde nace
que goce de su verano:
ya ha de venir el invierno,
y ha de ver su desengaño.

De las penas de este mundo,
una tan sólo es verdad,
la pena de cada uno,
que no saben los demás.

De un resbalón que yo dí
todo el mundo se admiró:
otros resbalan y caen,
¿cómo no me admiro yo?

Dicen que no se siente
la despedida:
díganle al que lo dice
que se despida.

El amor es un niño
que cuando nace
con cualquier cariñito
se satisface.
Por eso, cuando niño,
decía mi madre:
“Allá va el inocente,
no me lo engañen”.

El amor y los campos
son casi iguales,
porque cuando no llueve
son secadales.
Son secadales, sí,
pero, en lloviendo,
el amor y los campos
van floreciendo.

El árbol para el invierno
todas las hojas derrama:
así se acaban los gustos
de la noche a la mañana.

El camino de la vida
está lleno de pedrones;
para adelantar un paso,
hay que pegar tropezones.

El dolor no tiene grados,
nadie ha medido el dolor;
el último que sufrimos
es siempre el dolor mayor.

El hombre que no se aflige
cuando llora una mujer,
no ha conocido a su madre,
ni sabe lo que es querer.

El naranjo en el cerro
no da naranjas,
pero da los azahares
de la esperanza.

El que de firmeza es firme,
lleva consigo un caudal;
lo mismo afirma una cosa
que se le afirma a un bagual.

El tiempo es mi gran amigo,
con él me he de acompañar;
él sabe vengar agravios,
castiga sin avisar.

En la puerta de mi casa
tengo una piedra verdosa,
con un letrero que dice:
Principio quieren las cosas.

Es el amor, mi vida,
como la sombra,
que mientras más se aleja
más cuerpo toma.

¿Por qué en el mundo los hombres,
se han de mostrar tan tiranos
cuando la vida es tan breve
y somos todos hermanos?

Sale el sol, sale la luna,
sale la estrella mayor;
todos salen en mi contra,
sólo Dios a mi favor.

Si el que llega a las alturas
dijera cómo llegó,
en vez de inspirar envidia
causaría compasión.

Tan alto quieres subir
que al cielo quieres llegar;
las estrellas se han de reír
del golpe que te has de dar.

Todas las aves del campo
nacieron para volar;
yo nací para desdichas,
mis ojos para llorar.

Todos vamos corriendo
nuestro destino,
como corren las aguas
por el camino.

Yo no me quejo del tiempo,
quéjese el tiempo de mí:
El tiempo me dió sus glorias,
yo pesares elegí.

Ninguno plante viña
junto al camino,
porque todo el que pasa
corta racimos.

Ninguno por infeliz
debe perder la esperanza,
con la paciencia se gana,
lo que la dicha no alcanza.

No digas que Dios es malo
aunque en la cárcel estés;
Dios no tiene ojos de carne
y mira lo que no ves.

Para todos hay mañana;
para mí solo no hay cuando;
a mí tan sólo me vienen
las dichas de contrabando.

Paso a paso iremos lejos,
si Dios nos presta la vida,
con el tiempo se recogen
todas las cosas perdidas.

Peca el hombre dentro el agua,
peca el hombre en tierra seca,
también peca por los aires;
pero en el fuego no peca.

Por el aire va llorando,
por el aire un serafín:
Por todo camino llora
aquel que sabe sentir.

Lloren, lloren, ojos míos,
el presente desengaño,
porque es justo que padezca
quien vive en pagos extraños.

Madre, no llore pobreza!
porque riqueza *tenimos*;
Dios nos da salud y vida,
tenimos lo que *querimos*.

Me dijo un sabio profundo,
con experiencia madura,
que no se hace pan sabroso,
sin amarga levadura.

Más vale un dichoso a burro
que un desgraciado a caballo;
más el locro en olla propia
que sopa en ajeno plato.

Muchas dicen: voy a misa,
madrugan, se van al alba,
y se vuelven del camino,
diciendo: la intención valga.

Hay días que tengo penas,
y con llorar me consuelo,
nada se me da del mundo,
cuando del cielo me acuerdo.

Ni dormido tendrás *vos*
tranquilo tu pensamiento.
El que vive mal con Dios,
tiene que vivir despierto.

Este doble de campana
no es por el que se murió,
sino por que sepa yo
que puedo morir mañana.

¡Infeliz de aquel que vive
mendigando voluntades
en puertas desconocidas,
pisando ajenos umbrales!

Nada de esta vida dura:
fallecen bienes y males.
A todos nos cubre iguales
una triste sepultura.

En la mar está tronando
y en la cordillera llueve;
sin el permiso de Dios
ninguna paja se mueve.

Yo no le temo a la muerte
aunque la encuentre en la calle;
sin la voluntad de Dios
la muerte no mata a nadie.

Al pie de un árbol sin fruta
me puse a considerar
lo poco que vale un hombre
cuando no tiene qué dar.

Al tiempo le pido tiempo,
y el tiempo tiempo me da;
y el mismo tiempo me dice
que él me desengañará.

Yo no soy hoyón de fragua,
ni martillo que da golpe,
cada cual siente su pena,
la mía la siento el doble.

Yo no soy quien antes fuí,
ni sombra lo que solía,
antes era plata en *riales*,
ahora chafalonía.

Yo soy como buey tropero,
que marcha en huella profunda,
cuando me sacan el yugo,
vuelvo a lamer la coyunda.

Este es El Triunfo, madre,
de las desgracias,
que como andan palomas,
andan vizcachas.

Hay dos cantares eternos
que canta la humanidad:
Uno el cantar del querer,
otro el cantar de olvidar.

Hoy nace la fortuna
mañana muere:
así se va olvidando
lo que se quiere.

La pena es un lazo fuerte,
que sirve en dos ocasiones;
para estrechar los afectos,
para unir dos corazones.

El que tenga padre y madre,
diga que tiene un caudal,
que goce de su cariño,
¿para qué más capital?

Sueño tengo, dormir quiero,
árbol, préstame tu sombra:
pueda ser que en algún tiempo
mi amor te lo corresponda.

Triste es un día sin sol,
triste una noche sin luna;
pero más triste es vivir
sin esperanza ninguna.

La vara de San José
todos los años florece;
la palabra de los hombres
se pierde y ya no aparece.

Cuando el pobre llega a tiempo,
y los mates van cruzando,
dan al pobre un mate chulla,
con los palitos nadando.

Los gallos cantan al alba,
yo canto al amanecer;
ellos cantan porque saben,
yo canto por aprender.

*Florcita de malvarosa
principios quieren las cosas.*

De todos los colores
me gusta el verde
porque las esperanzas
nunca se pierden.

Despacio se hacen las cosas
pa hacerlas como se debe;
porque, en varias ocasiones,
se oye tronar y no llueve.

El buey le dice al novillo:
“*Trabajá y poné atención,*
para que tengas descanso
cuando te fatigue el sol”.

Yo soy como el buey tropero
que nunca pierde la huella:
cuando largo una palabra
me sé sostener en ella.

**BUCOLICO Y DESCRIPTIVO DE LA
NATURALEZA**

VIENE EL ALEGRE VERANO

*Viene el alegre verano
Todo lleno de placer,
Luego que cambia en invierno,
Trueca el gusto en padecer.*

La florida primavera
Vuelve al árbol su vestido;
Como es un nuevo cultivo,
Van brotando las higueras.
Llega el chañar y las brevas
Por ser de fruto temprano,
Y aun cuando nos falte el grano
No es cosa mayor la pena;
Que con varias frutas buenas
Viene el alegre verano.

Más atrás vienen los higos,
La algarroba y el mistol,
Zapallos, sandía, melón;
Tiempo de muchos amigos.
Llegan duraznos, membrillos,
Tunas, uvas moscatel;

Mil frutas para comer,
Quiscaluro y piquillín
¿Y quién no ha de estar así
Todo lleno de placer?

También viene el arrayán,
La mora que es un encanto,
Más adelante del mato
Viene el lucido chalchal.
Las tunas un poco atrás
Las peras de un sabor bueno,
La granada grano tierno
Es cosa muy delicada;
Al fin todo esto se acaba
Luego que cambia en invierno.

Ya hemos visto de una en una
Las frutas más exquisitas
Y cuando el tiempo las quita,
Sólo nos deja la hambruna,
Pues no queda más fortuna,
Que la aunca para comer,
Pero esto ha de suceder,
Si el lindo maíz no se acaba;
Porque la maldita helada
Trueca el gusto en padecer.

X

DICEN QUE EL CARNAVAL VIENE

Dicen que el carnaval viene
se va y se va,
por la lomita pelada
si llegará.

Aquí lo estoy aguardando
se va y se va,
con la alojita colada
si llegará.

Dicen que el carnaval viene
se va y se va,
en un caballo pilón
si llegará.

Aquí lo estoy aguardando
se va y se va,
con un costal de almidón
si llegará.

SATIRICO Y FESTIVO

PINTAR EL MUNDO AL REVÉS

Pintar el mundo al revés
Se ha visto entre tanto yerro,
El zorro corriendo al perro,
El ladrón por tras del juez.
Para arriba van los pies,
Con la boca va pisando,
El fuego al agua apagando,
El ciego enseñando letras,
Los bueyes en la carreta
Y el carretero tirando.

El tirano de hoy es bueno,
A todos nos da la mano.
Hiela el sol en el verano,
Y nos quema en el invierno.
Se han mudado los gobiernos,
Los trigos moliendo piedras,
La nieve se ha vuelto negra,
Los pastos comiendo reses,
Doce años tienen los meses,
La nuera se ha vuelto suegra.

Arrímense a una majada,
Verán lo que nunca ha habido,
El ganado andar tendido,
Y las culebras paradas,
Allí verán asombradas,
Correr al tigre el potrillo,
Y llamarlo al corderillo,
Siendo la oveja la madre,
Así lo mismo la carne,
Ahora corta al cuchillo.

Esto viene por su esfera
Que el esclavo al amo manda,
Los hombres llevan la carga.
La mula se ha vuelto arriera,
Por esta misma carrera,
El ratón corriendo al gato,
El agua nada en el pato,
La perdiz tras del halcón,
Por esta continuación,
Adentro el trigo va el saco.

COPLAS

Todos los días me paso
como garza en la laguna,
con el pescuezo estirado
sin esperanza ninguna.

A la orilla de la mar
estaba un sapo desnudo,
poniéndose las espuelas
para montar un peludo.

Alojita de algarroba
molidita en el mortero,
que se sube a la cabeza
como si fuera sombrero.

Amores y dinero
quitan el sueño;
yo, como no los tengo,
muy bien que duermo.

A orillas de una laguna
estaba un sapo con otro:
uno estaba de levita
y el otro de bota i potro.

A orillas de una laguna
estaba un sapo en cucillas,
con la navaja en la mano
haciéndose la patilla.

Cazador salió a cazar
patitos a la laguna.
Salió el patito y le dijo:
Cazarás, pero las plumas.

Corrió el sapo una carrera
con una tortuga vieja:
Castigaron cuadra y media,
ganó el sapo por la oreja.
La volvieron a correr,
redoblando la parada;
llegando a la cuadra y media,
pegó el sapo una rodada.

Cuando pasé por tu casa,
estaba un cuero colgado,
yo le dije: ¡buenas tardes!
y el cuero quedó callado.

Cuando salí de mi tierra
de nadie me despedí,
sólo de una pobre vieja
que estaba moliendo ají.

Cuatro camisas tengo,
las cuatro vendo,
para comprarme un coche,
que no lo tengo.
Que no lo tengo, sí,
¡ay! me da risa
verme dentro del coche
y sin camisa.

En la falda de aquel cerro
llora triste un gavilán
no llora porque tiene hambre,
sino porque es animal.

En la orilla de un río
cantaba un sapo,
y en su canto decía:
¿con qué me tapo?

En la puerta del cielo
canta un riojano.
Sale San Pedro y dice:
¡Entre, paisano!

Lo primero que ofrecen
los de la sierra,
unos quesillos duros
como las piedras.

Como las piedras, sí,
fuego violento,
con el piquito en *l'agua*
vivo sediento.

Me ha mandado mi mamita,
que le dé las buenas noches;
y si no ha visto pasar
una lagartija en coche.

Me mandaron no sé dónde,
a buscar no sé qué rosa;
y me volví no sé cuándo,
trayendo no sé qué cosa.

¡Ojalá Dios se enojara
y me mandara en castigo
una creciente de arrope
y una soga de quesillos!

Pensando en que me dejaste,
lloro tanto y tan de veras,
que la gente de mi casa
se imagina que hay goteras.

Por las orillas de un hombre
estaba sentado un río,
afilando su caballo
y dando agua a su cuchillo.

—¿Qué le pasa a este mocito?
—¿Por qué se ha callado tanto?
Parecen que le han cosido
la boca con hilo blanco.

—¿Qué querís que te traiga
de la otra banda?
—Una paloma negra
con alas blancas.

Si quieres que yo te quiera
lo será con condición
que lo tuyo sea mío
y lo mío tuyo no.

Todas las mañanitas
del mes de enero,
me amanecen las uñas
sobre los dedos.

Una vez canté en mi casa,
y mi voz llegaba al mar;
se aficionó una sirena,
y me tuve que callar.

Un diablo se cayó al fuego
y otro diablo lo sacó,
y otro diablo le pregunta:
¿cómo diablos se cayó?

Ya no hay coplas *pa* cantar,
mandaremos a traer;
en mi casa tengo un árbol
que de coplas se ha *i* caer.

¡Arribita, arribita!
dijo un zorrino,
espolines de plata,
poncho *i* merino.

NIEVE QUE CORTAS PATITA

—Nieve que cortas patita,
¿Por qué sois mala?
—Yo no soy mala;
El sol es malo,
Me derrite a mí.

—Sol que derrites nieve,
Nieve que cortas patita,
¿Por qué sois malo?
—Yo no soy malo;
La nube es mala,
Que me ataja a mí.

—Nube que atajas sol,
Sol que derrites nieve,
Nieve que cortas patita,
¿Por qué sois mala?
—Yo no soy mala;
El viento es malo,
Que me lleva a mí.

—Viento que llevas nube,
Nube que atajas sol,

Sol que derrites nieve,
Nieve que cortas patita,
¿Por qué sois malo?
—Yo no soy malo;
La pared es mala,
Que me ataja a mí.

—Pared que atajas viento,
Viento que llevas nube,
Nube que atajas sol,
Sol que derrites nieve,
Nieve que cortas patita,
¿Por qué sois mala?
—Yo no soy mala;
Mala es la rata
Que me cava a mí.

—Rata que cavas pared,
Pared que atajas viento,
Viento que llevas nube,
Nube que atajas sol,
Sol que derrites nieve,
Nieve que cortas patita,
¿Por qué sois mala?
—Yo no soy mala;
Malo es el gato,
Que me come a mí.

—Gato que comes rata,
Rata que cavas pared,
Pared que atajas viento,

Viento que llevas nube,
Nube que atajas sol,
Sol que derrites nieve,
Nieve que cortas patita,
¿Por qué sois malo?

—Yo no soy malo;

Malo es el perro,
Que me mata a mí.

—Perro que matas gato,
Gato que comes rata,
Rata que cavas pared,
Pared que atajas viento,
Viento que llevas nube,
Nube que atajas sol,
Sol que derrites nieve,
Nieve que cortas patita,
¿Por qué sois malo?

—Yo no soy malo;

Malo es el palo,
Que me mata a mí.

—Palo que matas perro,
Perro que matas gato,
Gato que comes rata,
Rata que cavas pared,
Pared que atajas viento,
Viento que llevas nube,
Nube que atajas sol,
Sol que derrites nieve,

Nieve que cortas patita,
¿Por qué sois malo?
—Yo no soy malo;
Malo es el fuego,
Que me quema a mí.

—Fuego que quemas palo,
Palo que matas perro,
Perro que matas gato,
Gato que comes rata,
Rata que cavas pared,
Pared que atajas viento,
Viento que llevas nube,
Nube que atajas sol,
Sol que derrites nieve,
Nieve que cortas patita,
¿Por qué sois malo?
—Yo no soy malo;
El agua es mala,
Que me apaga a mí.

—Agua que apagas fuego,
Fuego que quemas palo,
Palo que matas perro,
Perro que matas gato,
Gato que comes rata,
Rata que cavas pared,
Pared que atajas viento,
Viento que llevas nube,
Nube que atajas sol,
Sol que derrites nieve,

Nieve que cortas patita,
¿Por qué sois mala?

—Yo no soy mala;
El buey es malo,
Que me bebe a mí.

—Buey que bebes agua,
Agua que apagas fuego,
Fuego que quemas palo,
Palo que matas perro,
Perro que matas gato,
Gato que comes rata,
Rata que cavas pared,
Pared que atajas viento,
Viento que llevas nube,
Nube que atajas sol,
Sol que derrites nieve,
Nieve que cortas patita,
¿Por qué sois malo?

—Yo no soy malo;
Malo es el hombre,
Que me mata a mí.

—Hombre que matas buey,
Buey que bebes agua,
Agua que apagas fuego,
Fuego que quemas palo,
Palo que matas perro,
Perro que matas gato,
Gato que comes rata,
Rata que cavas pared,

Pared que atajas viento,
Viento que llevas nube,
Nube que atajas sol,
Sol que derrites nieve,
Nieve que cortas patita,
¿Por qué sois malo?
—Yo no soy malo;
Mala es la muerte,
Que me mata a mí.

BAILES

CUECA DEL VERDOLAGUERO

Préstame tus ojitos,
tendré dos pares;
con los míos no puedo
llorar mis males.

Llorar mis males, sí,
así decía
un enfermo de amores
que se moría.

Que se moría, sí,
dicen las flores,
sólo para matarme
son tus amores.

Son tus amores, sí,
verdolaguero,
deja esa verdolaga,
que no la quiero.

Así, así es mi suerte,
hasta la muerte.

PARA "LA CUECA"

Como el rocío fuera
si yo pudiera,
y a toda flor marchita
reverdeciera.
Reverdeciera, sí,
para tener
sobre todas las flores
algún poder.

PARA “LA ZAMACUECA”

Para curar achaques
de un amor necio,
se cura con un parche
de menosprecio.

De menosprecio, sí,
toma que toma,
agua de la naranja,
blanca paloma.

Blanca paloma, sí,
yo te voy viendo
todos los movimientos
que vas haciendo.

Que vas haciendo, sí,
vámonos donde,
donde la luna nace
y el sol se pone.

PARA “LA ZAMBA”

Arboledas y bosques
junto al camino
son los depositarios
de mi destino.

De mi destino, sí,
ni Juan ni Juana,
lo mismo nomás tiene
hoy que mañana.

Hoy que mañana, sí,
miren qué chiste,
llorando me dejaste
cuando te fuiste.

Antes de conocerte
yo ya te amaba
porque la estrella mía
me lo anunciaba.

Me lo anunciaba, sí,
agua de lluvia,
me gustan las morochas,
también las rubias.

También las rubias, sí,
pero algún día
me han de mirar tus ojos
con alegría.

La yerba del olvido
yo no la encuentro,
no sé cómo los hombres
la hallan tan presto.
La hallan tan presto, sí,
yo la he buscado
en todos los jardines,
no la he encontrado.

No la he encontrado, sí,
la ando buscando
y como no la encuentro
paso llorando.

PARA “EL BAILECITO”

Cuatro pañuelos blancos,
cuatro celestes;
cuatro coloraditos
me dan la muerte.

Una vez clavelina
y otra clavel,
y otra vez lucerito
del amanecer.

Una paloma blanca
como la nieve,
me ha picado en el alma,
¡ay, que me duele!

PARA “EL PALITO”

Allá va mi corazón
dirigido en un papel,
(así nomás es)
llorando gotas de sangre
por una ingrata mujer
(así nomás es).

Debajo del sauce verde,
donde corre el agua fría,
(así nomás es)
ahí te tengo retratada,
pedazo del alma mía,
(así nomás es).

Acordate que pusiste
tu mano sobre la mía,
que llorando me dijiste
que jamás me olvidarías,
(así nomás es).

PARA “LA HUELLA”

A la huella, huella,
huella por el mar:
ábrase la tierra,
vuélvase a cerrar.

A la huella, huella,
déñese la mano,
como se dan la pluma
los escribanos.

Vámonos a la huella,
vámonos donde,
donde nace la luna
y el sol se pone.

PARA “EL CIELITO”

Cielo, cielito y más cielo:
cielito siempre cantad;
que la alegría es del cielo,
del cielo es la libertad.

PARA “EL ESCONDIDO”

Cuando salí de mi casa
todos lloraban por mí:
las piedras lloraron sangre
y el sol no pudo salir.

Todos dicen: “Pobre mozo,
por el amor se ha perdido!”
Yo les digo: “Déjenme,
mi gusto y mi anhelo ha sido”.

*Salí, lucero, salí,
salí que te quiero ver;
aunque las nubes te tapen
salí si sabés querer.*

¡Ay, qué linda, sí,
ay, qué linda flor!
¡Qué linda la naranja
cortadita en sazón!

*Venite y vení,
tirame a matar
con pistola de queso
y balas de patay.*

CANCION DEL VERDE

Verde, verdosa:
ástate al pelo,
rubia donosa.

Así es La Rioja:
amarilla la fruta,
verdes las hojas.

Verde y más verde:
porque las esperanzas
nunca se pierden.

INDICE

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Resolución del Consejo Nacional de Educación	7
PROLOGO	13
 LEYENDAS, CUENTOS Y RELATOS IMAGINARIOS:	
El camino del cielo	21
La flor del lirolay	27
Belleza del mundo	31
Los cuatro hijos	38
Leyendas de San Francisco Solano	40
La Virgen del Valle	42
La cruz de los milagros	44
El Cerro del Morro	46
 NARRACIONES DE SUCESOS REALES:	
La ciudad de Esteco	49
La difunta Correa	51
La Telesita	53
Cruz Castro	55
Centinela valiente	59
Historia de una cautiva	61
A través del Chaco	64
La muerte del Chacho	66
 FABULAS Y APOLOGOS:	
El sembrador, el tigre y el zorro	71
El zorro y la perdiz	73
El tigre y el zorro	75
El zorro y el quirquincho	80

	<u>PÁG.</u>
El zorro juez	82
La mula y el tigre	84
Las manchas del sapo	85
 ANECDOTAS:	
El reloj de Lavalle	89
Oficios criollos	90
Histórico contrapunto	92
La sargento Catarro	94
 CUENTOS ANIMALISTICOS:	
El chajá	97
El chingolo	99
El urutau	100
El quirquincho	101
La urraca	103
La iguana	104
El cacuy	105
El crespín	108
El queo	111
ADIVINANZAS	115
 GENERO LIRICO O SUBJETIVO:	
Camina la Virgen Santa	135
Entre San Pedro y San Juan	137
Ahmalaya fuera perro	139
Cansado estoy de vivir	140
Qué encanto tienen tus ojos	142
Si hay tras de la muerte amor	143
Ven muerte tan escondida	145
Vidalitas	147
 HEROICO E HISTORICO:	
Respuesta oportuna	163
Coplas	166
De la muerte de Quiroga y de la suerte que cupo a Santos Pérez	168
Ay, año sesenta y uno	181

PRECEPTIVO Y MORAL:

Las aves que hicieron nido	185
No sigas ese camino	187
Coplas	189

BUCOLICO Y DESCRIPTIVO DE LA NATURALEZA:

Viene el alegre verano	207
Dicen que el carnaval viene	209

SATIRICO Y FESTIVO:

Pintar el mundo al revés	213
Coplas	215
Nieve que cortas patita	221

BAILES:

Cueca del verdolaguero	229
Para la cueca	230
Para la zamacueca	231
Para la zamba	232
Para el bailecito	234
Para el palito	235
Para la huella	236
Para el cielito	237
Para el escondido	238
Canción del verde	239

SE TERMINO DE IMPRIMIR EN BUENOS
AIRES EN LOS TALLERES GRAFICOS
DE GUILLERMO KRAFT LTD.
SOCIEDAD ANONIMA DE IM-
PRESIONES GENERALES,
EN LA SEGUNDA
QUINCENA DEL
MES DE DICIEM-
BRE DE
1940